

teras. Los príncipes del Imperio se juntan para tratar la paz de la cristiandad: ármanse los enemigos de ella para estorbarla, y son rotos por el archiduque Leopoldo. Los franceses sitian en Flándes á Herc, y la Liga de los Señores de Francia es deshecha con la muerte del conde de Soissons. Piérdese Herc y muere el infante D. Fernando: vuélvese á recobrar, y quedan las armas de Flándes á cargo de D. Francisco de Melo. Describense algunas pocas cosas de Italia, y ochan los españoles de la isla de Santa Catalina, en el Imperio occidental, á los ingleses y holandeses que se habian afirmado en ella. Todo esto en el año de mil seiscientos y cuarenta y uno, reinando en España el rey D. Felipe IV.

Los acacimientos y hechos de nuestros tiempos son tales, por su variedad y accidentes, y tantos, que verdaderamente solicitan la pluma á su narracion y comentario; y aunque en los pasados hemos visto y discurrido mucho sobre ellos, pero estos postreros de seiscientos y cuarenta y uno, de cuarenta y dos, y de tres, hacen sin ninguna duda mayor asombro y novedad á los varones de prudencia y noticia; porque hemos visto acabar en nuestros dias y anublarse la gloria militar de una Monarquía y de una Nacion que fué admirada, á las de mayor majestad y grandeza, por la potencia y autoridad demasiada que se les dió á dos Privados tan ruidosos y tan enconrados entre sí, que cada uno fué y ha sido la destruccion, no sólo de ella, sino de todo lo demas: si bien ambos los hemos visto espirar, uno con la vida, sin perdonar el tiempo á la de su Príncipe ni bastar el crédito que le dió, y el otro con la fortuna, dejándonos el tiro el ciclo por grande atributo de su clemencia para enmienda de la causa de ambos Ministros,

de ódio y abominacion por sus oficios á cuanto abraza y contiene en sí el orbe maravilloso de la tierra, porque eran sus incendiarios y desoladores, no sólo con el fuego, sino con los tributos; y no obstante, porque negándose y olvidados á las leyes inviolables de naturaleza, se erigian y fundaban inmortales contra la misma regla y condiccion de los tiempos, haciéndose dueños absolutos de la tierra: materia, á mi parecer, de ejemplo para los envanecidos, exaltados en superiores luges, y de desengaño para los soberbios y ambiciosos que la idolatran y veneran la grandeza y las pompas humanas, que no tienen más que una imaginacion y sombra de deleite, como lo experimenta con los sentidos algun retirado, digno, á mi juicio, de reprehension; y de que le sean tan cauducas las fantasías y esperanzas de que se dejó llevar. Yo pretendo hacer de este discurso postrero, un cristal limpio en que se miran y lean los encarecimientos y sepan soldar los riesgos los políticos pilotos que anhelan y surcan tan proceloso mar, y tan lleno de borrascas y de incertidumbres. Escribiré desaciertos de muchos y fidelidad de pocos, vicio de los más obligados, y todo no con el estilo y las noticias que yo quisiera, sino con el que han podido las fuerzas y permitido el caudal. No me mueve á esto pasion ni envidia, sino un puro celo de que los hombres que alcanzan supremos lugares sean más gloriosos por la confianza que hicieron de ellos y por la buena cuenta que dieron de sí, que por lo que supieron adquirir y aplicar á sus mejoras y estados. ¿Quién duda que este trabajo será mal visto de los que cometieron culpas? Pero tambien creo que le aplaudirán los defensores y aficionandos á la verdad y que aman el castigo de tales hechos, infelicidad de buenos Príncipes, á quien las más veces se la vandan y esconden, y solamente la ven quando llega á sus ojos, y se la dejan tan deshecha y desgñada, que para volverla á componer y á enderezar son innumerables las dificultades que la han interpuesto, como hoy se toca con la mano, y el tiempo corto para enmienda, y el alño uso de desagravedidos y codiciosos que tuvieron por mayor logro y oficio la tiranía que el desinterés

y conservación del Estado público, sino que ántes que á la fé del Príncipe miraron por el suyo, por el de sus allegados y conveniencias; despreciando los verdaderos hombres, los fieles vasallos; cautelando los servicios, las bazañas y las proezas, y cubriéndolas de olvido, porque solo reine el engaño, se enflaquezca todo, caiga el aliento y el valor de la Nación y se confunda en las entrañas de la tierra; perezcan los hechos de nuestros mayores, y aquellos que supimos hollar levanten el cuello y sean fruto de los trabajos los que fueron la causa de la pérdida de todo, de la desolación de la Monarquía, y gocen el tesoro y los beneficios de ella; tenga el mejor lugar el deslustrado de la religión, y se vean destrozar y arder en tumultos los reinos, abrasar las ciudades, volverse en ceniza los templos y las casas: véase por tales iniquidades obrar el cielo prodigios, fulminar amenazas, no vicuodose otra cosa sino imperar el orgullo y la potestad, y al contrario, inclinarse las virtudes, la humildad, la benignidad, valiéndose de toda la paciencia y sufrimiento de los hombres mejores, sin parar el oído al uso y ejercicio de lo más lícito y honesto, que enseña el juicio humano dotado de la prudencia; ántes huyendo el cuerpo á toda la modestia, se afecta que corra aquello por mejor gobierno y esto por vituperio de la virtud para unos, la necesidad suma para otros, todas las sumas de los bienes y colinos de riquezas, faltando al fiel y al peso del equilibrio. ¡Oh gran vergüenza y última desatención! ¡qué diferentemente obramos que prometimos! ¡qué gran felicidad hubiera sido para todo el Estado, sino más, que tan sagrada resolución se hubiera tomado cuatro años ántes! hubiérase asegurado todo y no hubiera peligrado los dos Polos de nuestra España: por aquí se verá que la mentira hará el mayor asunto de nuestras esperanzas; y así iban fracasando y dando de un bajío en otro, de un escollo en otro, tanto, que ya todo pendía de una sola tabla, ¡oh felicísimo año de cuarenta y tres! habías de ser notado con piedra blanca, como lo observaron los antiguos cuando sobrevenia á su Estado ó Monarquía alguna dicha ó prosperidad al comun. En esta forma iba el Gobierno y el

orden de los Consejos defraudando de su verdadero valor, y los Ministros no pisaban tierra, sino sólo aquellos que eran del ánsia y del conato; con que la felicidad falló y la seguridad á la Monarquía y á las Coronas, y nos aparearon indignamente del concepto altísimo en que estuvimos en el sentir de los apasionados, de los forasteros y más relevantes escritores. ¿Adónde se halló y se esperó tan grande enemigo, ni tan monstruoso? ¡Oh qué tiranía! ¡oh qué tierra! despojada del ornato y favor del cielo le produjo verdaderamente, y con justa razon fué echado y abatido de la presencia real, de las preeminencias generosas, del manejo de los negocios y de los demás beneficios y dignidades reales, y el castigo habia de ser igual á sus méritos para ejemplo de los demás, y por las mismas calamidades y trabajos en que puso al mayor y mejor de los Príncipes, al Estado y á la Monarquía más bien vista y admirada de las gentes. Si no nos ha entendido el lector, no hablémos oscuramente: el primero fué el Cardenal de Richelieu, Privado de Luis XIII, rey de España, digo rey de Francia; el otro D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, Privado del Rey D. Felipe IV de las Españas, Emperador del Nuevo Mundo y el mayor Príncipe de Italia y en los Países-Bajos.

Después que el marqués de los Vélez, General del ejército de Cataluña, puso en obediencia á la ciudad de Tarragona, insigne en las memorias antiguas y con más particularidad en la erudición latina, echado de allí á los franceses y alojado en ella y en los lugares vecinos algunos dias, dejando al Maese de campo D. Fernando de Tejada con mil y quinientos hombres de su torcio de infantería, y dos compañías de caballos para su resguardo, movió con el ejército á los principios de Enero de este año, haciendo adelantar alguna parte de la caballería, como la de las Órdenes militares, acaudillada de D. Alvaro de Quiñones para ir á descubrir la tierra y los intentos de los catalanes, que habian puesto alguna de la suya en estos lugares, y en algunos pasos estrechos y fragosos con el mismo designio, siguiendo la marcha con tanta intermision, que en lo que se podian gastar cuatro ó seis dias se consu-

mieron catorce; cosa que tenía con mucho cuidado al Rey y á los Ministros, porque descaban infinito llegar á entender el estado de Barcelona y de lo que se hubiese obrado sobre ella. Quién decía que luego abriría las puertas al ejército y que no le había de poder resistir, y quién que perseveraría pertinazmente conforme á su natural en la dureza del ánimo, y en la obstinación del ódio haría óposito y se mantendría con su misma gente y con la que tenía de Francia en la rebelión, y áun darían fuerzas á ella. Discurrían sobre la remisión del marqués de los Vélez, que enviaba sus avisos al Rey y al mayor Ministro de Estado, en que estaba el ejército consumido y cansado con el largo viaje y con la inclinancia del invierno, con la gente que había muerto, huido y dejado en los lugares que había forzado á la rendición; que no llevaba bastimento ni municiones, ningun dinero, y la pólvora muy limitada; el camino desde Tarragona á Barcelona muy limitado; la armada, así de franceses como de catalanes; la ciudad muy guarnecida, cerrada y pertrechada, á donde se había metido toda la de la tierra con armas para defenderla; alzados los bastimentos para que no se valiesen de ellos, fortificado Monjuich, no sólo en la cumbre, sino al pié y en el medio, de mucha artillería, encargando aquella colina á cabos y soldados franceses, y que la gente que se le había ofrecido de Perpiñan, á cargo de D. Julio de Garay, no había venido, ántes le había visto llegar solo á Tarragona con dos galeras, y cuando trajera la que se le señaló de cuatro mil combatientes, si no los convoyara con bastimentos era ponerle en mayores cuidados que á la empresa á que había venido como la más principal, como Barcelona, por ser la culpada y causa de las demas, y á quien todas seguían, y la que había tumultuado y muerto al Virey, estaba con mayores nervios y era menester acometerla con ejército doblado, más descansado y con más abundancia de víveres y municiones; que todas estas cosas pedían advertir á Su Majestad si sería bien ceder por algun tiempo, hacer alto en Tarragona ó en otro punto esperando socorro y todo lo demas que era necesario. La respuesta,

como se presumia, debía de ser en pocos renglones, sin dar orojías á las razones más precisas y poderosas de encaminar un buen ejército á su más verdadero fin. Marchar, caminar, pelear y llegar á Barcelona, cerrar con ella y vencer, porque hasta ver probado aquello y puéstola debajo de los pies del Príncipe, castigáola y domado el orgullo y la cerviz de los culpados y puesto las cabezas en escarpías y en palos, y las galeras llenas de forzados; todo cuanto se había hecho hasta allí, si esto no se conseguía, no era de ningun valor ni momento.

Con que el Marqués siguió su jornada: supo como Mos de Espernan con su caballería se había parado en el camino y en los pasos más angostos que hay desde Tarragona á Martorel, entendiendo queria favorecer los primeros intentos de los catalanes y á los paisanos que había mezclados con ellos, y envióle á decir que se acordase de la palabra y de lo capitulado, que pasase adelante, y el marqués de Torrecosa, por lo que se había valido de él ántes de la entrada de nuestro ejército en Tarragona, que pasaria á hacérsela cumplir: él respondió que lo haria, y que su intento era de cumplir lo capitulado; que los catalanes le harian fuerza y no le dejarían y le detenían en el camino para valerse de él sobre el trance que esperaban, mas que seguiria su jornada: hízolo al fin, si bien con poca satisfacción del rey de Francia y confidente por haber capitulado, dejado á Tarragona y pasado, queriendo que no hubiera hecho ninguna de aquellas cosas. Porque dicen le castigó severamente y le depuso de cargos y dignidades. Nuestra caballería, pues, que iba adelante, alcanzando la de los catalanes y trabándose con algunas escaramuzas, viendo que todo el ejército iba llegando, no osando esperar con pérdida ligera de ambas partes, se pusieron en la fuga, la gente de los lugares que se iban topando huían, desamparando las casas y corrían con velocidad á encerrarse en Barcelona: llegaron á Villafranca de Panadés y rindióse á merced, lugar razonable y de no mala población, puesto á dos leguas de Martorel, donde los catalanes pusieron toda la fuerza de su

séquito para venir á las manos con nuestra gente, en que decían tenían cerca de doce ó catorce mil hombres y ochocientos caballos, con muy buena artillería, ocupados en el intermedio del camino algunos puestos, pasos, colinas que habían puesto algunas tropas y escuadrones para entretener nuestros cabos y gentes. Vencidas, pues algunas dificultades y reencuentros, atendido por el Marqués y por los demas oficiales del ejército la mucha infantería de Martorel, y la poca que llevaba el ejército real, sus fortificaciones, y con el río Llobregat que les daba no poca comodidad, y que si fuesen embestidos derechamente y no los pudiesen degollar, sería muy posible fortificarse cada día más, venirles socorro de Barcelona y embarzarnos el paso para no dejarnos llegar á ella, y caso que venciésemos, á reforzarla y correr para quitarla esta gente antes que tomase la fuga al contrario, aunque fuese huyendo, y á guarecerse en sus muros; pareció tomarles el camino, y discuriendo en inquirir los tránsito, que eran muchos de gravísima dificultad, se tomó por acuerdo que el marqués de Torrecusa, con seis mil hombres, y el duque de San Jorge con la caballería de su cargo, ó parte de ella, tomase las cuevas y pasos estrechos de Garrafa hasta recaer al camino real de Barcelona, y marchando á Martorel embistiese por aquel costado, ayudándole por el otro la resta del ejército. Hizolo así, y tomando la gente que le había tocado, fué penetrando aquellas angosturas, no sin continuos riesgos y adversidades, por ir siempre marchando sobre las riberas de la mar y por las continuas emboscadas que hallaba, de donde era tirado y perseguido; si bien los catalanes á las primeras cargas suyas volaban luego á salvarse á las casas fuertes y á las eminencias de aquellas colinas. Habíase adelantado por el mismo consiguiente el Maese de campo general D. Julio de Garay, como estaba acordado, á reconocer los pasos, caminos y fortificaciones de Martorel con mil infantes y cuatrocientos caballos: salió á recibir la caballería del enemigo, retirándose despues de algunas escaramuzas á sus fortificaciones, llegándosele tan cerca, que se reconocian muy bien los unos á

los otros, recibiendo los nuestros muchas cargas de mortuaria; habiendo dado dos mortuarias al caballo de D. Julio de Garay y desmontado algunos soldados, D. Julio de Garay se retiró con muy buena orden á su cuartel.

Llegó el marqués de Torrecusa, allanado aquel peligro á desembarcar al camino real, haciéndose señor de él, á la hora que el marqués de los Vélez había dado con la otra parte del ejército á Martorel; comenzaron á escaramuzear quinientos mosqueteros que llevaba á su cargo el Sargento mayor Don Pedro de Cañaverall, ayudados de doscientos caballos, con la gente del enemigo que coronaba una eminencia; fueron echados con presto, y ganado el puesto á la huida de los catalanes, avanzó el Teniente general con la mayor parte de la caballería con que se hallaba, y escaramuzearo vivamente hasta cerca de la noche de aquel día, ganó las trincheras y acuartelóse nuestro ejército á tiro de cañon. Envió á decir el Marqués á los catalanes que se rindiesen y pudiesen á aquella gente debajo de la obediencia del Rey, que los perdonaria y acogeria debajo de su clemencia: intimóles los edictos, y respondióle que á él se rendirian, mas al Rey no, advirtiéndole de paso que lo dijeron, porque el lugar era suyo. Llegado, pues, Torrecusa á la vista de Martorel y á emparejar con las guarniciones de catalanes, y no conociéndole ni á ninguna de nuestra gente, creyeron que era socorro que les venia de Barcelona, con cuya presuncion no hicieron mudanza, y llegando á ellos, dando la señal de embestir, y entendiéndolo el marqués de los Vélez, cerraron con ellos con tanta furia, dándoles espesísimas cargas, tales y tan grandes, que los comenzaron á degollar y á hacer pedazos, no viéndose otra cosa que vocería y cruel derramamiento de sangre; de suerte, que no pudiéndose sufrir los catalanes, y los franceses que estaban con ellos, y no siendo poderosos, ni para esperarlos más, ni refrenar el impetu de las batallas y las heridas, estocadas y cuchilladas de la caballería, se pusieron en rota y comenzaron á huir por el camino de Barcelona, por las sendas y quebradas por donde había desembocado el marqués de

Torrecausa y el duque de San Jorge, su hijo, degollando en el lugar y en el alcance de los enemigos, que fué de más de una legua, pasados de mil y quinientos hombres, si bien otras relaciones hacen esta matanza de mayor número; con que se metió gran miedo en Barcelona, abriendo las puertas á los afligidos y á los miserables á quien no acabaron las heridas: quemaron la casa del Marqués, con que el ejército alojó en el lugar: el duque de San Jorge, corriendo la entrada de Barcelona, viniéndosele á las manos dos mil infantes y cuatrocientos caballos que iban de socorro, los rompió y degolló mucha parte de ellos y puso en la fuga, con que se retiró á Martorel. Murieron de nuestra parte algunos de los infantes y caballos, y los más particulares D. José de Saravia, del orden de Santiago, Teniente de Maestro de campo; General D. Diego Jimenez, de la misma orden. Con la rota de los catalanes y franceses y la victoria de castelhanos, vinieron á dar la obediencia al Rey, Esparraguera y otros lugares del obelisco maravilloso de Monserrat y de sus contornos. Dentro de dos dias salió el Marqués con todo el ejército en forma de batalla á fecer el último y el mayor cuidado de aquella jornada, si las resoluciones del cielo no fueran muy diferentes de las que se trazan en la tierra. Hay desde Martorel á Barcelona tres leguas, los bastimentos ningunos y las municiones de la misma manera, de suerte que ya la gente marchaba descontenta y sin esperanza de socorro ninguno, más fatigada de hambre que de la multitud de los enemigos: marchó aquel dia dos leguas y alojóse en un lugar una legua de Barcelona, donde toda la infantería, caballería y artillería la pasaron en vela, formados en escuadrones y batallones: dispusose el orden de embestir á la ciudad, y ordenóse que la mitad de la gente de infantería caminase á ocupar á Monjuich, que es una ominencia grande, que sirve de tener en lo alto una moderada fortificación, con una centinela, que poniendo una señal avisa de los bajetos que vienen, ó ya de Poniente ó ya de Levante, teniendo su diferencia para cada cosa, así de navios como de galeras, que reconocidos por las personas que tiene diputadas

para esto Barcelona, si dan fondo en aquella playa luego las van á reconocer para ver el orden que se ha de tener con ellos; si son mercaderes, informarse de la patria, del intento y de la calidad de las mercaderías: agregóse al tercio que habia de subir á Monjuich cuatro compañías de caballos, del cargo del duque de San Jorge; encomendando al marqués de Torrecausa y al conde de Giron, caballero irlandés, de escogida sangre y servicios, aquella empresa, y acordando que con la resta se embusiese á Barcelona y se procurase cerrar con los puertos del llano. En esta forma marchó nuestra gente, y se puso á tiro de mosquete de aquella ciudad, que estaba cerrada, fortificada, llena de gente armada, así de los pueblos vecinos como de los moradores, con algunos soldados y cabos franceses, habiendo enviado la mayor parte á la defensa de Monjuich, con otra muy considerable de la tierra, en que habian hecho tres fortificaciones, una en lo más alto, otra en el convento de los frailes capuchinos, que está en el medio, y otra más abajo, rodeadas de trincheras y otras máquinas militares: tenia orden el marqués de Villafranca de embestir por la mar con las galeras, en que se reconoció dilacion por su dificultad: recibió Barcelona á nuestra gente con mucha y muy gruesa artillería, en que es abundantísima, por su situacion, atarazanales y fábrica de armadas, no sin atención de todas las provincias de la Europa, particularmente de los vecinos, para ver el fin de aquella guerra intrusa, por malos consejos y peores medios, que se comenzaba á fundar en aquella línea de España, sin reparo del fin y la necesidad y riesgo en que la podia poner y cómo habian de ser oprosos y castigados los de aquella colonia, que habian tomado las armas contra su Príncipe, anulado sus decretos y mandamientos, procedido incautamente contra su ejército y muerto á su Virey y Lugar-teniente, con escándalo público de nuestras coronas.

La gente que estaba señalada para subir á Monjuich comenzó con brio y gallardía á penetrarle y subirlo, y á las primeras arremetidas ganó las trincheras y fortificaciones de los capuchinos, haciendo, así cabos como otros oficiales y sol-

dados, el deber; y vencida esta dificultad y las otras de aquella eminencia, pasaron adelante á enseñorear la cumbre, adonde estaba la fortificación más gruesa, y avanzando y pelcando llegaron á ponerse debajo de ella, pasados de doscientos infantes, los más calificados y señalados de aquel trozo. Entendido por los de Barcelona el estado de Monjuich y que le iba ganando nuestra gente, echó fuera luego á la hora, por la parte que mira á aquella montaña, más de cuatro mil hombres, y entre ellos muchos frailes, que todos habían tomado las armas, así eclesiásticos como seculares, y en todos había entrado el odio y la perfidia contra el Rey, contra sus Ministros y contra la nación castellana, sin hacer diferencia de unos y otros, ni haber observado que el de la religión en los casos adversos no tiene otras armas que las de la piedad, la disciplina y la oración para aplacar á Dios y componer las diferencias de los hombres, evitar y mediar las discordias, confusiones y derramamientos de sangre ántes que hacer incendios, perturbadores y belicosos, así con la pluma como con la espada. Iba ya nuestra gente cansada, muerta de hambre y sin pólvora: había dos mil hombres en lo alto, y dándose no poca diligencia á subir los catalanes, á llegar y á juntarse con ellos por vías y sendas más breves, viendo junto tan grande grueso, puso en desmayo á nuestra gente de poder salir con la empresa, con que los obligó á retirar y á buscar reparo en el resto que los venia siguiendo; y como estos vieron que los primeros se iban retirando, avisados del demasado golpe que había salido de Barcelona á la defensa de la última fortificación, cedieron bisoniamente sin poderlos detener el aliento de los cabos, maeses de campo, sergentes mayores y capitanes, de que murieron muchos por no volver las espaldas, oponiéndose á la muchedumbre que había tomado la delantera con la retirada, no sin grandísima confusion, para poder desembarazarse de la estrechez del paso, con que los unos se impedían con los otros. Murió como caballero y soldado el conde de Giron en la fortificación de los capuchinos, y algunos de nuestros soldados apretados de la colina,

sin poder ir atrás ni adelante, y muchos vinieron rodando, donde hallaron su precipicio; sin embargo, aunque confusamente, en lo más bajo de Monjuich, donde vinieron á rehacerse, formaron escuadrones, escaramuceando con los enemigos todo aquel año: perdieronse doscientos hombres y algunos soldados particulares: no se combatió en el llano con más prospera fortuna que en la montaña. Salieron de Barcelona contra el trozo del marqués de los Vélez mil caballos y cuatro mil infantes, marchando la vuelta de nuestros batallones: dió orden D. Julio de Garay á D. Alvaro de Quiñones y al duque de San Jorge que avanzasen al enemigo y cerrasen: con él tomó D. Julio de Garay la infantería y se fué hácia la suya, dando calor á la caballería, que ya iba apretando á la de los catalanes, dando y recibiendo la carga hasta cerrar con las espadas, mezclándose la nuestra con la del enemigo, que se fué retirando en buena orden hasta llegar al foso de la ciudad: coronadas las murallas por aquella parte de gente, artillería y artificios de fuego para defenderse y rechazar la nuestra, iba la caballería enemiga casi avanzada y huyendo, quedando la nuestra á cuerpo descubierta de la mosquetería de las almenas, que no cesaba de tirar, con que fué fuerza retirarse por el gran daño que recibía de la artillería, volviendo á los puestos de donde ántes había salido: hacia D. Julio de Garay el deber como gallardo soldado, habiendo degollado pasados de trescientos hombres del enemigo, que habían reparado en Valdecellas, monasterio de monjas Bernardas que está poco ántes de la ciudad: en este trance sucedió infelizmente el que pudo desconfiar totalmente la empresa de Barcelona y el fin de aquella rebelion: el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, llevando de la orden de concluir y vencer, creyendo que había de salir de ésta como de las demas jornadas y reencuentros de la del Col de Balaguer, Cambries, Torragona y Martorel, se adelantó bizarro con la caballería hasta la puerta de Barcelona, y echándole á la hora el rastrillo, y siéndole forzoso retirarse de las muchas y espesas cargas de mosquetería que le tiraban á él y á su caballo—

ría, recibió los mosquetazos de una tropa de soldados que estaban en un barranco, poco antes de la ciudad, pretendiéndolos sacar á lo llano para escaramupear con ellos, con tanto ánimo que no perdió su puesto ni se desordenó, hasta que echando sangre por la boca creyó que estaba mortal: hizo llamar al marqués de Torrecusa, su padre, que ya cuando vino le halló muerto y caído del caballo, que también estaba peleando y sirviendo con ambas vidas: la de su hijo y la suya al Rey, por arribar á la virtud inmortal del valor. Esta muerte y la del conde de Girón, en Monjuich, esplayadas por aquel campo, y en el ejército desmayó mucho nuestra gente, porque ya estaba imposibilitada la facción de Monjuich, retirada la infantería y la de la ciudad, con la mucha gente que tenía en su defensa: y á esta hora, y entre estas dos pérdidas de soldados y cabos de tanto honor y falta, sucedió otra de no menor peso y desdicha, que se comenzó á esparcir en una vez salida de los cóncavos y gargantas infernales, como hija de discordia y de envidia entre los soldados, arrojada por algún cobarde, infame ó pagado, que comenzó á decir que corrían el ejército y le comenzaban á degollar, con que introducido el miedo en el corazón y en las venas comenzó á retirarse con poca orden, ayudando á esto la fatiga, el cansancio, la hambre que los tenía desmayados, y más que todo, quién dice, que sabidos los mejores, los más árdulos, los más nobles, los más valientes sobre la montaña de Monjuich para esculpar sus fortificaciones, pedían escalas y no las había; pedían pólvora y no se la daban; pero también oí decir que las ruinas, los cobardes, los gallinas la derramaban y vacaban los frascos en el suelo por no pelear y dar esto por disculpa. Retirados todos al fin por las dificultades que se reconocieron ántes, de poca gente, falta de bastimentos y otras cosas que se tocaron allí y se vió palpablemente, y que el duque de Fernandina no pudo llegar con las galeras á embosár con la ciudad, ó por el viento, ó por que era temeridad y desatino cerrar con tanta y tan gruesa artillería como tiene aquella playa, donde era poner á evidente peligro y destrozo aquella

armada: de donde le nació al Ministro, despues de otras causas de muy poco peso, la pasión que siempre le tuvo para buscarlo catunias, como también las buscó en su hermano, hasta perderlo y hasta hacer al marqués de Villafraña fracasarse en su honra, si despues su poca fortuna y mal gobierno no lo volvieron á la gracia del Rey sacándole de la prisión y volviéndole á su servicio y al generalato de las galeras de España. Viéndose, pues, el marqués de los Vélez en tan grande conflicto, juntó en consejo ahogado en cuidados ó infortunios, los cabos del ejército para determinar en desdicha tan grande lo que se había de hacer: D. Julio de Garay tomó la mano en hablar sobre lo sucedido, y dijo era necesario retirarse, porque el ejército no era de calidad ni de número para empresa tan grande ni para volver á atentar á Monjuich ni á Barcelona, habiendo quedado apénas quince mil hombres, y que era opinión verosímil venia el duque de Luina en socorro de los catalanes con diez mil infantes y mil caballos; que tenía más doblada gente, estaban fortificados dentro de sus casas y con bastimentos, cuando el ejército del Rey no los tenía; alzados los de la tierra, la gente muerta de hambre, con viveres para solo dos dias, cuando había que no les daba ración; que las galeras que los habían de traer aún no eran llegadas, y muy conveniente el haber menester conservar aquel ejército, sin pólvora; que convenia retirarse y ciar atrás, esperar otra ocasión, más gente, viveres y municiones, y que así convenia volver á Tarragona: el marqués de Torreduclo de este suceso, y ántes que la muerte del duque de San Jorge, su hijo, é hijo de tantas prendas, la pérdida y la ocasión, dijo que no se retirasen, que era aventurar la provincia á que nunca se recobrase la reputación del ejército y de las cabezas y la honra del Rey, que le dejasen escoger seis mil hombres que él volvería á Monjuich y le ganaría, arrasaria la ciudad y la hacía entrar en obediencia; que el socorro de Francia no era tan cierto y que las galeras no tardaban, pues apénas había pasado un dia que habían llegado á Barcelona;

mas el marqués de los Vélez arrimó el juicio ó la necesidad al parecer de D. Julio de Garay, jurando, como lo refieren, de no servir más al Rey; con que aquel ejército, que había gastado casi un mes desde Tarragona á Barcelona, en un día lo volvió á desandar, con poca fortuna, melancolía, miseria y hambre, sin orden y sin concierto, derramados y desbandados, con muerte de tres capitanes de caballos, cuatro tenientes desmontados, setenta hombres, herido el Comisario general de la caballería del duque de San Jorge, cuya pérdida lamentó el ejército y la nobleza lo sintió: quedaron degollados del enemigo más de cien caballos y mucha infantería. Los de Tarragona, tan infieles como ellos mismos, que no hay otro hipóbole con que encarecerlo, y como todos los domas del Principado, ingratos á la misericordia que se tuvo con ellos, á la honra que se les hizo y á la clemencia que se usó en su obstinación, dignos de ser pasados á cuchillo, de demoler las estátuas, arrasar las casas y haciendas y sembrarlas de sal, con padrones de letras infames que públicamente declarasen el ser traidores á ambas Majestades divina y humana y á la patria; sin embargo de la guarnición que se les puso, se topó un correo en el camino que enviaban á los de Barcelona, en que los decían se diesen prisa á desbacer y aniquilar aquel ejército, que había ido sobre ellos, que ellos harían lo mismo de los soldados que les habían dejado en la ciudad y en los contornos por guarda dentro seis días, y que luego pasarían á juntarse con la gente de la sierra para ir en su socorro, y picarían el ejército en la relaguardia. El sentimiento que de este suceso se tuvo en la corte fué notable; el marqués de Torrecusa dejó por entónces de ejercer el oficio de Maese de campo general, y pidió licencia al Rey para retirarse al reino de Nápoles y á su casa. Llegado el ejército á Tarragona, alojó el marqués de los Vélez parte en la ciudad y parte en los lugares de aquel campo; escribió al Rey le diese licencia para retirarse y que se enviase persona en su lugar para hacerlo; y para verificar lo que se había alcanzado por el correo del camino y del ánimo de los ciudadanos, y cómo habían faltado

tantas veces á la fé, á la obediencia y fidelidad del Principe y de los juramentos sacrosantos hechos ántes en seguridad del contrato, la guarnición que se había dejado en Constantim la habían comenzado á degollar, y pasára adelante si la venida del ejército y el número razonable de gente para una ciudad sola y para los lugares del contorno no les pusiera freno: había acudido D. Fernando de Tejada á la defensa de sus soldados; mas los de la villa desampararon sus casas, y por enseñar el castigo y dar ejemplo á los demas, fué necesario hacer algun estrago en ellos y en las haciendas: en Villafranca de Panadés, lugar de mil vecinos, donde por más seguridad, por no haber hecho nada contra ellos y preservádoles de la entrada del ejército, habiéndose dejado allí ciento y cincuenta enfermos en el convento de San Francisco, en vez de curarlos los degollaron con el aviso que tuvieron de nuestra retirada, y creyendo que el ejército era deshecho ántes de pasar á Tarragona, ya tenían concluida la maldad y el estrago inicuamente, dando siempre ejemplo de inhumanidad, de fiereza á los demas del Principado. Sin embargo, el marqués de los Vélez, lastimado del revés de fortuna y de la infelicidad de aquellas armas, trocó la severidad en blandura, procurando reducir la dureza de aquella gente á más templado proceder y á encaminar los ánimos pervertidos al servicio y obediencia del Rey: procuró reducir los lugares de aquel campo y á que admitiesen los alojamientos para hacer pió allí y volver á unear las manos contra Barcelona: á dos dias de la retirada llegaron las galeras con socorro de municiones, que, mudado el aire de la empresa, hubieron de ir atrás y llevarla á Tarragona.

No acababa de consolar esto suceso y un desaire tan grande el corazon de los Ministros, ni á los vasallos, que descaban como fieles ver castigada aquella sedicion, ó com puesta para volver las armas á la de Portugal: el ejército, sin embargo, estaba abigido, las cabezas desanimadas; particularmente el marqués de los Vélez y el de Torrecusa, querían dejar sus cargos, como lo habían dado á entender con despe-



cho, y áun jurado de abandonar el servicio del Rey. Fué para los enemigos este accidente de grande consecuencia, porque les parecia tenían ya fundada una diversion y una guerra en España, para que el Rey Católico no pudiese acudir á lo de Italia, ni á Flandes, y que nuestras mismas trazas y Consejos les habia abierto la puerta á sus entradas, que ántes so las dificultábamos con los ejércitos y la memoria de los hechos y empresas antiguas, y los portugueses habian entrado en confianza de que la mudanza de su estado seria de más duracion y se conservarían por largo tiempo en la separacion de Castilla. Pero el desánimo del marqués de los Vélez hizo tomar resolucion de culpas, miserable fin de capitanes en esta hora, y enviaron en su lugar y en su cargo al príncipe de Botera, condestable de Nápoles, caballero de muy buenas partes, aunque de poca ó de ninguna práctica ni ejercicio de soldado, si bien con deseo de serlo: no se hizo novedad ninguna del marqués de Torrecusa, aunque hizo dejacion de su puesto, no sin sentimiento de todo el ejército, por su gran valor y osadia en el servir y pelear, y porque deseó volver á tentar la montaña de Monjuich resistió á la retirada y que se prosiguiese en la expugnacion de Barcelona; y á esto tuvieron mucha atencion el Rey y sus Ministros, y á no querer perder tan gran soldado y que habia sacrificado un hijo á las balas de los catalanes, si ya no eran de franceses: á D. Julio de Garay mandaron ir á su casa, y el marqués de los Vélez reparo en el reino de Valencia, porque no quisieron desfavorecer su celo, y porque sus calumnias no eran de importancia, y ya que no para soldado le quisieron para Ministro, porque su juicio lo merecía.

Los catalanes, con la retirada del ejército, pasaron con sus designios y proterbia aún más allá de la maldad: enviaron sus Embajadores á Francia á solicitar nuevos cabos y fuerzas más dobladas y superiores y á precipitarse en lo más hondo de su obstinacion, á darle la obediencia, á ofrecerle el Principado, el mando y el gobierno, y que viniese á jurarse á Barcelona: de suerte que ya destituan al Rey Católico de

aquel derecho, y la Francia y el Richelieu se preparaban, conducian y alistaban escuadrones y gentes para dominar á España y disipar sus pueblos, por no más encarecida ni heróica hazaña que por las puertas de una conuocion á que de nuestros mismos Consejos les hemos forzado con amenazas y palabras ásperas y descompuestas, indignas de verdaderos Ministros á vasallos de tan gran Rey. La gente que habia en Barcelona, así francesa como catalana y la bandida por la tierra, alentados de la quiebra de la nuestra se juntaron, y á cuatro de Mayo, con número grueso de infantería y caballería, corrieron á Tarragona: el príncipe de Botera dió orden á la gente que estaba alojada en los lugares abiertos y á la caballería pasasen al abrigo y refuerzo de Tarragona, y los mandó alojar, fortificar y atrincherar en las murallas y formar cuarteles. Púsose el enemigo á la vista, con no más aliento del que habia traído hasta allí, no atreviéndose á embestirle, sino á trabar algunas moderadas escaramuzas cuando salian á forrajear y á buscar bastimentos, de que se comenzó á sentir grande falta y riesgo de la vida, y á buscar los males inmundos para suplirle, no dignos de memoria; con ver un ejército tan desvalido, el príncipe de Botera y los demas cabos atentos á mantener á Tarragona y á no desasirse de ella, no tanto por la fé de los ciudadanos y aficcion al Príncipe, cuanto por conservar el puesto y el terreno, con recelo de no apartarse de ella ántes que de otra faccion ni encuentro, porque apénas dieran un costado para salir á recluzar los catalanes, cuando los mismos de la ciudad les franquearían las puertas, con que no trataron de otra cosa que de guardarlas. Comenzó á sentir necesidad y falta de bastimentos en el ejército, que los mismos de la tierra los sepultaban por encarcelarlos, y aunque la hambre llegase á tal extremo que sirviese de cuchillo, porque no los tenían por defensores sino por enemigos de su libertad: los de Lérida admittian ya guarnicion y defensa para resguardarse del ejército, no pasase allá con la cercanía alguna parte de él que la hiciese inclinar la cerviz, con que tambien habia alzado los bastimen-

tos y escondidos, imposibilitándolos el salir á buscarlos en la cercanía y por no dejar la ciudad sitiada á lo largo, que era el mayor cuidado: Cambriles y los demas lugares de su comarca habian ya vuelto á persistir en la rebelion, y el Cid de Balaguer á poblarse de catalanes sediciosos, y de aquel bando ó compaña de micaletes, con que de Tortosa, aunque se conservaba en la fidelidad, no les podia venir nada; y para la puerta de la mar, que les habia quedado libre, se prevenia una armada en las costas de Narbona, Tolon y Marsella, de galeras y navios á cargo del Arzobispo de Burdeos, que ya se habia pasado al mar Mediterráneo, mal despachado en el Océano del puerto de la Coruña, para infestar á Farragona y cerrarle aquella puerta á cuanto le podia venir en las nuevas de Cádiz, Cartagena y Vinaroz: de suerte que para aquel ejército, acubarle, extinguirle ó echarle de la tierra, y que no quedase en toda Cataluña reliquia de castellano, ni soldado del Rey, se le habia destinado no otro hierro ni otro plomo que la hambre, escondiendo los de la ciudad cuanto tenían, y lo que sacaban á la plaza lo vendian á precios, como á valer un pan un doblon y una gallina treinta reales; naciendo de aquí mayores y más duras miserias, como lo iremos refiriendo, hasta comer caballo, y más que todo, que las otras sabbandijas y animales sucios era lo de ménos: cosa jamás oida en los más apretados y ceñidos sitios de Flandes, y casi comparadas á las que escribe Josepho del cerco de Jerusalem y de la guerra de los judíos. Comenzábase ya entre ellos á introducir la necesidad y la falta de dinero, porque además de no tenerle, lo que habia lo tenían gastado en las pagas de los franceses y de los soldados naturales, y el Consejo de Ciento, compuesto de gente baja y socz, aborrecia la quietud por no venir por los delitos cometidos á recaer en las manos de la justicia, amando la guerra por esta causa y fomentando la sedicion para proseguirla: tomaban las joyas, la plata de las iglesias y los vasos sagrados y los vendian y hacian moneda de ellos, convirtiéndolos en sus trenines; y precipitándose cada día más, perpetrando de coo la mayor maldad que han

cometido herejes, ni los cuipos bárbaros del Africa, pusieron los ojos en las riquezas de Nuestra Señora do Monserrat, y alentados de la injusticia del Doctor Pabelar, Cauónigo de Urgel, Diputado del brazo eclesiástico, pasaron á Mouserrat con órden suya, entraron en el monasterio, y amedrentando al Abad y á los religiosos, quisieron matarlos, en número de más de dos mil hombres: preguntaban por los que eran castellanos para hacerlos pedazos; pidiéronles el tesoro, joyas y plata de la iglesia, y quien no dudó de quitar la corona al Rey para dársela al de Francia, no dudó de quitársela á la Reina de los Angeles para pagar á sus soldados; y entraron en la iglesia con tan grande estruendo y alboroto de armas y de voces, que el Abad y los monjes no pensaron quedar con vida, dando por causa del maleficio que lo querian guardar porque los castellanos no los robasen, pretendiéndolos imponer esta injuria entro los demas por cubrir sus yerros: quisieron el Abad y los monjes defenderlo, y entro ellos mismos se dividieron en bandos sobre si se habian de entregar ó no, porque si bien habia entre ellos más de cincuenta monjes castellanos, que si no tomaron las armas como muchos de los frailes de Barcelona, siguieron el dictamen de que se habian de entregar; finalmente, el orgullo y las palabras feas de aquellos tumultuarios fueron tales, que los monjes temieron ser degollados, y háñse aparejado los que eran de Castilla para recibir el martirio: intímóles el Abad las censuras que caerian sobre ellos en caso semejante, que sin embargo de su perfidia y fiereza, como lo refieren los que se hallaron allí, los hacia estremecer y temblar y perder el color del rostro: sin embargo, cerraron con todo, y quién dice que llevaron más de seiscientos mil ducados, y quién que millon y medio en coronas, joyas de mucho valor, en piedras y en perlas, vasos sagrados, lámparas y blandones: de una corona se decía era de precio de setenta mil ducados, y otras muchas cosas preciosas: de las lámparas hizo el Abad, alabado por hombre de mucho valor, por las reprehensiones que les dió, condenándoles la fealdad y el atrevimiento de poner en

tablas los vidrios, no queriendo que dejasen de arder, y en esta forma las demas luces y lo que tocaba al culto. El conuñigo murió en breves dias de repente, pagando su delito, recibiendo en opinion de todos por uno de los hombres más pñfididos y sediciosos que ha tenido el mundo, habiéndolo hecho dueño de todo el Gobierno de Barcelona; hombre crudo, sin linage de fé ni religion, á quien el Richelieu, para fomentarle en lo comenzado y que no se resfriase en la sedicion, le habia ofrecido un capelo, como si los toviera en su mano y como si la Iglesia de Dios necesitara de hombres semejantes. No paró en esto la maldad, sino que echaron del monasterio y de todo el Principado al Abad y á los monjes castellanos, y los hicieron caminar en el tiempo más riguroso del invierno, con toda la descomodidad posible, y los apearon en Fraga del carruaje que les habian dado, y los acogió la piedad del duque de Nochera, virey de Aragon, encaminándolos á la corte de Castilla; encargando el gobierno de aquellos infieles á los monjes catalanes y haciendo ellos de Abad sin dependencia del General, desmembrándose como apóstatas, quitaron del cánon de la misa el nombre de Felipe, y que en su lugar dijese el sacerdote *Luis rex noster*, ofreciendo los religiosos á Dios este trabajo, siendo el mayor la pérdida de la imágen y su execrable despojo; y para acumular muchos yerros á otros, y maleficios á maleficios, como tambien haber errado el Pautar, un muchacho catalan, para saciarlos á mayor y más notable ira, pretendiéndolos persuadir de que los castellanos lo habian hecho, y que lo mismo harian de sus hijos, y era obra de su indignacion y de sus manos, no quedando maldad que no les achacasen, colorando su irregularidad con decir tenían la plata y las joyas guardadas; y de quien les aconsejara yo las sepultasen debajo de las entrañas de la tierra seria de los franceses, enseñados en ésta y en otras eras á perder el respeto á las imágenes. Si Luis XIII fuera el Justo, como se le impone y bisonjea el que leo la cátedra de tiranía en toda la Europa, para adormecerle todas las potencias, para la desatencion del gobierno y de las inmensas efusiones de sangre;

si aquel consejo fuera legal y aquella pñrpura verdadera, entre las mayores pretensiones de aquietar ó recuperar coronas ó provincias, ó entre las mayores glorias ó codicia de aplaudos populares; si entre muchas de estas cosas y en medio de todas ellas oyera que alguna provincia ó república necesitaba por algun accidente ó le llamaba á embestirle la corona; si entre estos casos se introdujera que aquellos que le invocaban era por causa de habérsela quitado, no sólo al señor natural, sino á la Señora de cielos y tierra, María Madre de Dios, de mejor y más alto consejo; lo primero porque habia de haber armado el mundo y proveuir sus ejércitos, juntar aliados, y estos católicos y otras máquinas marciales, desenvainar la espada, dejar la corte y el palacio, era para hacérsela restituir á la altísima Madre del Salvador; y no sólo con el hierro, más con la solemnidad y grandeza, castigando severamente los agresores, tomando la satisfaccion del caudiciaco. Esta era la ocasion que pudiera inmortalizar un grande héroe; ésta su mayor gloria y hazaña, y su mayor triunfo; ésta era la más imperial corona y la que más le adornara las sienes y le armará el corazon, la de velar la herejía, sin calumniarlo de codicioso ni vano; ésta la reputacion mayor de sus intereses y la mayor victoria de sus empresas. ¡Que bien parecieran aquí todas las espadas, la de la Iglesia y la del Imperio, hallado de la católica obligacion de todas manera forzoso y necesario, y la primera de los Príncipes, y para cuyo fin les concedió Dios las manos y la potestad que les dió para que la respete! ¿Pero cómo se ha de hacer esto, si no poleamos y andamos por no más eternidad que por lo terrestre para usurpacion de lo temporal, y por la tiranía con armas heréticas y otras semejantes? Cada dia cometen estos mismos insultos contra los altares, las imágenes y los templos y las demas cosas sagradas, de suerte que los catalanes, criados en la raiz de la cristiandad, olvidados de la religion y de los hechos inmortales de sus antepasados y de sus obligaciones, se habian hecho semejantes á estos y á los hugonotes de la Francia, y aquel Rey, ciego al suceso de esta verdad y sordo á la relacion, no

viene con otro fin ó celo más religioso á nuestras fronteras ni á los confines del Condado de Rosellon, que á ensconcer la tierra y á ponerse la corona de la tiranía, que le quitará Dios de la cabeza, como protector de turbadores y fomentador de las que sus gentes han quitado á las imágenes de toda la redondez de la Europa, por espacio de quince años, y sin reparo ninguno de las que se quitarán, y de la del Ministro, instrumento y atizador de todo; que todas las reglas de Estado son vanas si no sirven á la majestad de nuestro exceder. Vieron á la corte los frailes, donde el Rey Católico, con la piedad hija del celo y culto de la religión, les dió la huerta del condestable de Castilla, rentas y dineros para fundar y erigir á la Reina de los Angeles imagen y templo, muy parecida á aquella Señora, con el mismo nombre y título de *Montserrat*.

Comenzó á obrar la mano poderosa del pedir, procurando hacer costumbre lo que era gracia, y en no menor materia que en plata, para hacerlo cada año no sólo era vicio, pero calamidad, porque cada día era mayor la efusion de la propia sangre, cuando ya las venas no la tenían, y forzábalo á esto como si los hombres fueran minerales. Pidioso á los Prelados, que aunque beneficiados de las iglesias, no sentían el socorrer, sino que la dejasen alguna parte libre para dar limosna y cumplir con sus obligaciones: el Pimentel, obispo de Guenca, envió hasta las vinageras, que se comenzó á labrar en la Casa de la Moneda. A esto se siguió un bando de acabar de resellar la moneda de vellon y doblar y tresdoblar la antigua y la que era moderna: esto ya era volverse, si no podemos decir que á la edad de los niños, al ejemplo de los viejos, para la ocurrencia de la guerra de Portugal, porque como todas sus fronteras y circunferencia se sustentaba de vellon, quisieron con este recurso remediar los gastos que se habian de hacer allí, y que saliese de aquel metal. A esto mismo cuidado miró aquel grande héroe, el duque de Lerma, como lo dicen hoy, aunque en diferente causa, cuando se vió rodeado de importunas necesidades, que tuvo por más pru-

dencia cubrir que publicar, para retener á los enemigos y acudir á la guerra de Flándes, que halló, de donde le daban continuas voces que saliese al remedio; no hallándola en el mejor estado que se podía, sino muy trabajada, que él con su atención atentó y condujo á más prosperidad y fortuna, dejando aumentados aquellos países en tierras y en plazas, hasta hacer retirar á aquellos rebeldes de la otra parte del Rhin, hasta restringirlos dentro la Frisa, queriendo valerse de la industria y de lo que tenía el Patrimonio real ántes que doasondar y destruir los vasallos y hacerlos reventar con el rigor de las palabras y subsidios. ¡Qué léjos estuvo la bondad de su natural y generosas entrañas de causai al Rey Católico Don Felipe III ni á los reinos semejantes ruinas ni turbulencia! Su cortesía era de manera y la nobleza de su entendimiento, que si entrara á regir ó lo encargaran el gobierno de un pueblo acostumbrado á ser insolente ó bullicioso, lo pusiera en suavidad y redujera á suma justicia y templanza. Esta fué la causa por que subió y dobló el vellon, y esta misma necesidad lo obligó á buscar allí más que en otra parte más arriesgada lo que entonces hubo menester para proseguir las armas, no contra los vasallos católicos, sino contra los herejes, y muchos hombres de consejo lo vieron y lo aprobaron. Su incauto y presuntuoso censor, calumniándolo todo por hacer feo aquel reinado, lo trastornó todo defraudando el reino y á los vasallos en la mitad del caudal y de la sustancia con que vivian, sin más enredos ni marañas, contentos en sus casas, sintiendo despues y más duramente que en otras eras la necesidad, aquella novedad y otras en que cada día nos hemos ido despeñando, redujo precisamente á seguir aquel medio; comenzando ántes con tres doblar la moneda antigua, y despues toda á la mitad, siguiendo las huellas de los mayores, introduciendo alguna novedad que ha pervertido mucho el juicio de los hombres en no acabar de conocerlos y concertarse con ellos, por no reconocer del todo á los que podiamos con justicia, segun su fortuna y buenas dichas y la falta de las nuestras, abatir el estandarte; de que ha resultado, que

herido el pueblo con las continuas sisas y gabelas y con lo que al principio se le quitó, prorumpiendo en la paciencia y en la tolerancia del sufrimiento, abandonando la vida y la honra, teniendo por peor muerte vivir en la necesidad, calamidad de las calamidades, todos se hallaron, hasta los mismos religiosos y hasta las monjas, en el campo, en los montes, en el des poblado, en las cuevas y en lomas, en lo profundo de los edificios; doblándose por aquí los delitos y los delincuentes, los suplicios y los castigos. De suerte, que como se dijo, no selló el Rey cuatro millones, habiendo sellado los pueblos lo demás, y esto se gastó en las fronteras de Portugal en las pagas de la gente que ha asistido allí, de cuya corrupcion y cautela se comenzó á rugir la habia de volver á bajar, con que la recibian de mala gana los mercaderes y contratantes, no vendiendo ni traguando de unos lugares á otros, ni de unas provincias á otras: faltaban las provisiones y los mantenimientos, haciéndose más legítima la necesidad en los hombres que la vida: subiéronse las cosas á excesivos precios, y causaba terror el llegar á comprar el vestido ó la comida, porque no bastaba el caudal á la sed del vender, y cien reales en plata habian llegado á valer trescientos en cuartos; con que los que no la tenían percibian, y todos se habian cerrado á no vender, con que era mayor la congoja, la calamidad, y las obligaciones más pesadas, tanto, que ya no habia quien las pudiese llevar, ni el Rey tampoco, y se cerraba el uso de la vida: todo era miseria, necesidad, mal despacho, guerra, desdichas, sucesos, y una voz temerosa, común y pública de acabarse todo, y que Dios castigaba la Monarquía tambien. Consiguientemente á este suceso, se fiscalizó y reprobó el de la expulsion de los moriscos, diciendo se habia des poblado el Reino y defraudado á los señores de vasallos en mucha parte de sus haciendas; y parece que en chuienda de esto se formó y se hizo junta de poblacion, sin fundamento, sino para dar de comer á nuestros allegados, como si con tributos tan terribles, echándolos á montones, se pudiera aumentar nada, pues, á todo varon de buen juicio, sintiéndolo así; y dicen se habia de notar aquel

dia que se tomó esta felicísima resolución con piedra blanca, como solian hacerlo algunos en el siglo antiguo, cuando les sucedia en sus pueblos ó empresas alguna prosperidad. Pues mirándolo ahora más religiosamente, no parece sino que miró Dios en aquel hecho á la revolucion y miseria de esta era y al gobierno tan calamitoso que se esperaba; aquella revolucion nos la ocasionáramos entre dos tumultos y rebeliones tan grandes; si cuando no habia ninguno, en aquella edad de oro y cuando reinaba sobre nosotros toda la bienaventuranza, quisieron tomar las armas y levantarse con el Reino y dar nueva entrada al mahometismo, como se ha procurado por nuestros émulos, por los puertos ó fortalezas de Arcilla y Tánger, ¿quién duda que no despreciaran la ocasion cuando para acabarlo todo fueran aguijados al general despoño de portugueses y catalanes? Si hubiera sucedido esto en tiempo de los romanos y lo hubiera votado algun Cónsul, ya le hubieran dado el triunfo de Grande, consagrádole templo y prohibídolo á algun dios Pan, y nosotros siendo católicos, y debiendo dar gracias á Dios por ello, lo pretendimos deslucir y afear, atribuyéndolo á falta de gobierno y consejo, dándole nombre de errada política.

Ibase encendiendo lo de Cataluña cada dia más: dieron en prender de cada parte los Ministros, acá á los Síndicos y allá á los Embajadores, y á la duquesa de Cardona y á D. Pedro de Aragon, su hijo, marqués de Povar, y á otros, metiéndolos en estrechas cárceles y aposentos obscuros y oscuros, dándolos de comer por tasa y limitacion, haciendo escrutinios ridículos y apretados con ellos, que entraban sobre si tenian alguna correspondencia ó cartas de Castilla para saberla. La que ellos tenian con Francia era continua, enviando personas de confianza á conmovier aquel Rey y al Ministro, para quien no eran menester muchos ruegos, si era sedicion, no sólo á que enviase sus ejércitos, sino á que viese en persona, ofreciendo de hacerlo el año siguiente con todo el resto que pudiese; entre tanto, y demás de la gente de Francia que tenia, introdujo el duque de Luina, Gobernador

de la provincia de Lengoadoc, por Blanes, seis mil infantes y mil caballos para irse apoderando del Condado de Rosellon; milicia como inútil y sumosa, desarrapada y de poco valer, y con ninguna experiencia al parecer de obrar cosa señalada; y entre tanto que enviaba los tercios viejos de Flándes y al Mariscal de la Bresa, destinado para virey de Cataluña, y al de la Millere, el uno cuñado y el otro sobrino del Cardenal de Richelieu, llegó el marqués de Leganés á España, en Vinaroz; que en efecto pudo con la fuerza del parentesco arrancar del Estado de Milán, dejando las cosas de Italia al amparo del ciclo y no en el modo que convenia, con poca gente y ningun dinero, y no de buen corazon al principe Tomás, sacando la que habia, necessitando ya España de este socorro por sus muchas alteraciones que amenazaban ruina: trajo mil hombres entre españoles y alemanes, soldados viejos, y dos mil napolitanos enviados por el Virey, duque de Medina de las Torres, principe de Astillano, para proseguir la guerra que se iba arraigando en Cataluña, y armando al duque de Nochera, virey de Aragon, para que por la parte de Monzon y de Fraga, poniendo de paso en la obediencia á Lérida, se procurase obrar por allí, darse la mano con Tarragona y acometer á Barcelona. Pedíase como á todos los demás, con el arto que se pretendia hacer natural, que el Reino de Aragon alistas gente, diese armas y dineros, escribiendo á la ciudad y á la nobleza para que lo hiciesen y se pusiesen en campo; mas ellos resistian y decian que estaban alcanzados, la tierra corta, y que ellos sabrian defender el Reino cuando fuese ocasion; mas que no deliberaban de ir á la guerra. Sin embargo, se procuró de Castilla hacer levas de gente y caballeria, porque los catalanes amenazaban entrar por allí con gente francesa y de la soya; y entre estos aperecibimientos de armar el Reino, hubo algunos debates entre ellos y el duque de Nochera, porque dicen se dejó decir que mirasen lo que habian de hacer, porque el Rey no los podía defender, que fueron las mismas heridas para él que las que se causaron para el duque de Ariscot: llamáronle, y entrando en Castilla le trajeron

preso á la fortaleza de Pinto, con mucho número de guardas, donde acabó de enfermedad, protestando en aquella hora, quando recibió el Santísimo Sacramento, que jamás habia faltado al servicio del Rey. Diéronle por sucesor en el vireinato al marqués de Tabara, que estaba en Navarra, y enviaron á aquel Reino al conde de Coruña, á quien tomaba la cuenta de que de los desórdenes y desconciertos de Cataluña, por la alianza que se habia tomado con el rey de Francia no fuese de comodidad para facilitar su pretension recayese en ella, y de quien se decia que sus aperecibimientos no eran ningunos, ni sus defensas, y que el castillo y las murallas no estaban con el cuidado y reparo que se requeria. Hacíase de nuestra parte con los catalanes los esfuerzos posibles para venir á concortia ántes que el francés se empeñase demasiado en la proteccion y se hiciese señor del Principado, ánsia que ya ardía en París para venir sobre ella, aunque sacasen los cabos y la gente de Flándes, contentándose por entónces con lo adquirido, no desistuyéndose de volver á ellos, dejando parte para proseguirla, aunque tambien se suspendiese en lo de Italia; croyendo que en fomentar la guerra de España, era sentencia del Richelieu y regla de sus materias de Estado, que los españoles no podian ser vencidos sino en su propia tierra, y por esto persistia y aterraba tenazmente en meter allí la guerra por todas las vías y modos que pudiese hasta hacerlos declinar en la reputacion que habian alcanzado fuera, así en las otras provincias de la Europa, como en las cuatro partes del mundo, le daria más honra, seria de mayor ruina para el Rey Católico y para los demás de su Imperio, y de mayor comodidad para las otras pretensiones, y satisfacese de las presas del Piamonte, que era lo que á él y al Ministro los tenia en cruz; porque el Richelieu, que no ignoraba las historias francesas, le refirió que aquella parte ó pedazo de España habia sido en la antigüedad de sus antecesores, que enviaban á ella, con título de Condes, Gobernadores que los administraban la justicia, hasta que Wifredo II la alcanzó de Cárlos Calvo, rey de Francia, por donacion, como la Iglo-

sia el reino de Nápoles de Carlo Magno, que hoy poseen los reyes de España, por feudo, como tambien el Condado de Fiándes, de que se fundan y hacen Monarquía, y todo esto de efectos y donaciones de la Francia, las cuales era menester hacer volver y restituir por el ingénio y por las armas, para que la patria triunfase sobre las demas, y particularmente se asistiese á lo de Cataluña para tener los piés dentro de España y procurar por los condados de Rosellon, Cerdaña, y Rivagorza la restitucion de Navarra.

Haciase, sin embargo, diligencia para reducir á los catalanes proterios y por otras inmensas causas testarudos: decian, por engañar á los Ministros, que el Rey sacase el ejército del Principado y de Perpiñan, y que luego se trataria de concierto; abrazárase primero por haberlo menester para Portugal, mas lo segundo de ninguna manera, por recelarse nuestro de la entrega de aquella plaza á los franceses, llave de nuestras fronteras, para tener á su mano el auxilio de los enemigos solicitados por sus maldades. Dijose que el Nuncio del Papa quería tomar la mano en estos casos para mediar en ellos, pero luego se descubrió era todo gastar el tiempo en vano; y á esto se arrimó querer tambien tratar de medios entre el Rey y la duquesa de Saboya por sacar de alli alguna gente para Cataluña, que tampoco tuvo efecto, mas de reconocer por los semblantes de los confederados que la guerra de este año en aquella parte de Italia seria defensiva, y que todo cargaria en Navarra, Cataluña y Fiándes. Escribió el Rey á los más fieles que los perdonaria, exceptuando á los cinco que mataron al Virey, siendo estos á los que defendia el Consejo, diciendo como fomentadores de la traicion, y á estos todo el resto de los tumultuarios y sediciosos, porque la poca nobleza no tenia séquito, como aborrecida de la gente baja, y enmudecia y se sujetaba á las órdenes y decretos de la muchedumbre, cuyas casas y haciendas siempre estaban amenazadas del fuego, y las vidas del cordel y del plomo. Hallábase el ejército en Tarragona con razonable número de infanteria y caballería, sin hacer nada, con pocos bastimentos y ménos mu-

niones, y cada dia esperando ningunas, amenazados de una hambre intolerable, cual sucedió, y la más lastimosa que se pudo esperar de sitio ni de guerra. El rompimiento y desatinos de los catalanes pasó tan adelante, que pidieron á los aragoneses cuartel para alojar la gente francesa en su tierra: fueron respondidos de ellos ásperamente, diciendo que eran fieles á su Principe y que estaban muy fuera de tener confederacion ninguna con traidores, esto era, que ellos no entrarían por sus tierras y que los aragoneses no entrasen por las suyas; pero no sé cómo se podia acomodar esta propuesta si los catalanes tenian un ejército de franceses pagado de su dinero y sustentado de sus frutos, que les talaba las fronteras, y cada dia lo esperaban en el corazon del Reino. Al fin, me parece que en esto habia algun contrato ó insinuacion, porque el año de cuarenta y tres, cuando Mos de la Mota les pidió gente para el socorro de Monzon, si bien despues y á la postre hicieron lo contrario, al principio le dijeron que ellos guardarian sus fronteras, y los aragoneses cuando enviaban la suya era con no más instruccion ni licencia que para lo mismo: tambien le pidió el duque de Luina á nuestros cabos, no sin jaetancia, dejándose decir que aquella provincia era del rey de Francia, para en caso de los encuentros y hostilidades que se habian de hacer; á que fué rechazado severamente. Los Embajadores catalanes que habia presos en la corte, por el feo ejemplar que ellos cometieron en los nuestros, como de la duquesa de Cardona y sus hijos, los daban prisa á comenar las cosas y que los despachasen; ellos les decian que tuviesen paciencia, haciendo demostraciones en todo de no efectuar nada que fuese en servicio del Rey. Llegóse por estos dias á total desesperacion de entrar en ningun acuerdo con ellos, y comenzóse á introducir una peste pesadísima en el ejército del Rey, originada de la hambre, que alcanzó parte en el campo de Tarragona y parte en la ciudad; sin embargo, salian los soldados en tropas á pecorear y á buscar por las manos la comida y el forraje para los caballos: encontrábase con los catalanes y franceses y arcabucábanse réciamente;

pero sin hacerse de una parte ni de otra empresa ni accion señalada. Envió el Richelieu mucha gente á Cataluña, inundando todo lo que hay de Salsas á Barcelona y á Lérida de franceses, sacando parte de los tercios viejos de Flándes y dejando no más de lo necesario para cubrir las plazas ganadas: quitaron los catalanes las haciendas á los nobles que eran afectos al Rey, disimulando por muy poco tiempo con el marqués de Aytona, hasta que despues la furia de los franceses no respetó á nada, y procurando reducirlos y consolidarlos á la fé del Señor el reino de Aragon, de lo cual, despedidos con libertad, no sólo admitieron al Nuncio del Papa, pero se conjuraron á proceder á fuego y á sangre y abrasarle los lugares vecinos hasta poner los piés en Zaragoza: tiraron los de Barcelona con la artillería al almirante de Castilla, que iba en las galeras al virreinato de Sicilia, porque vientos los cebaban á tierra: enviaron á Perpiñan á D. Antonio de la Cueva, marqués de Flores de Avila, para asistir en aquella frontera y á componer las cosas del Condado de Rosellon: las galeras del rey de Francia que corrían las costas de Cataluña acometieron dos galeras de la escuadra de España que iban á Colibro con socorro y dineros para fortificar aquella guerra: acañonáronse con ellas, y viéndose inferiores al poder de los enemigos, vararon en tierra, sacaron el dinero, las vituallas, deserraron los esclavos y dejaron solo el buque, porque no quisieron que se valiesen de cincuenta mil escudos: esperábase demás de las doce galeras que corrían aquel mar, armada de navíos debajo de la conducta del arzobispo de Burdeos: el príncipe de Potera hacia por momentos instancia á los ministros de Castilla para que le socorriesen de vituallas, porque el ejército iba cada dia pereciendo y la ciudad de Tarragona amenazada por mar y por tierra, así de bajeles como de nuevas tropas: el rey de Francia pidió paso á los aragoneses para invadir á Navarra, ofreciendo toda buena alianza y que no se les haria daño, y que serian pagados de todo lo que diesen al ejército, con que á los fines de Abril toda la tierra comenzó á entrar en cuidado, porque no sólo

pretendia esto, pero echar de todo el Principado de Cataluña á los castellanos; y aunque en la verdad mucho de esto era fantástico, tiraba solamente á rebelar á Aragon y sacarlo de la obediencia de su Príncipe y abraerlos á su parcialidad, esto cuando los aragoneses declararon á los catalanes que su intento no era otro sino reducirlos á la obediencia y gracia del Rey, á asegurarles de su palabra, y que no habiendo querido hasta allí tomar armas contra ellos, que viéndolos en tan notable rebeldía y mal proceder, les era fuerza hacerlo de allí adelante por redimir tan grande contumacia: los catalanes los amenazaron de entrar por su tierra, y en cumplimiento de esto salieron algun número de franceses y catalanes á romper un cuartel alojado en Fraga y en otros lugares, pasando á la vista de Lérida: fueron avisados los aragoneses que habia allí con algunos navarros y otras gentes de Castilla cómo iban sobre ellos; esperáronlos y volvieron rotos y maltratados, con muerte de muchos. Ardía la guerra en aquella parte con notable rigor entre unos y otros: tres navios de franceses dieron vista al Gruo de Valencia y lleváronse un bajel cargado de trigo que estaba para ir á Tarragona, con que aquel ejército se iba cada dia enflaqueciendo, y por otra parte la religion católica, con prédicas heréticas en Barcelona y en Lérida, habiase entregado á aquella guerra. Mos de la Mota, con tres ó cuatro mil franceses más de los que habia ántes en aquel Condado y algunos catalanes y caballos; pasó á Tarragona á buscar á nuestro ejército; que sabido por el príncipe de Botera y los demas cabos, juntaron la gente que tenían, en número de siete mil infantes y mil y quinientos caballos, que alojaban en los lugares, y salieron á resguardar á Tarragona de los catalanes y los franceses, en número de doce mil combatientes; reforzaron las tropas que estaban á lo largo, y nuestra caballería é infantería, cerca de las murallas, se atrincheraron y acuartelaron con resolución de morir peleando ántes que rendirse. El marqués de Villafranca, despues de haber hecho muy considerables socorros á Perpiñan y recobrado el fuerte de San Justo de los franceses, situado junto á los Alfaques de Tortosa, se



prevenia para socorrer el ejército de Tarragona, no sin cuidado de Barcelona, por la armada que se esperaba de Italia y Cádiz, tanto, que quisieron llamar á Mos de la Mota para que viniese á su defensa con la gente y levantase el cerco de Tarragona; sin embargo de la armada francesa que tenían en su favor, á los primeros de Mayo se afrontó el arzobispo de Burdeos á Tarragona con quince galeras reforzadas y treinta navíos, con algunos de fuego, y se puso en el paso para estorbar que el ejército no fuese socorrido, que estaba ya por algunos días inficionado de comer todos los animales inmundos, caballos y jumentos, tanto, que decía el príncipe de Botera, por gracia y por aliento, que no le estaba mal semejante carne, corriendo opinion que no habian perdonado hasta la humana: comenzáronle á tirar con la artillería desde los baluartes, y sin embargo, no se le pudo hacer alargar á la mar ni quitar del paso, donde no dejaba entrar un barco ni otro sustento, con que se acabó de atacar la ciudad por mar y por tierra; hacíanse algunas salidas con nuestra caballería, que en encontrándose con la del enemigo, habia algunas facciones memorables, aunque perdian gente y caballos, y prendian muchos Monsieures señalados en calidad y en valor; en cuyos trances perdió la vida D. Luis de Mendoza, y fué preso Don Luis de Paredes: dábase ya al ejército de racion aun no tres onzas de trigo al día á cada soldado, limitacion que apenas podia dar calor á la vida, con que cada hora, de enfermedad y de hambre morian más de dos y de tres personas. En tanto aprieto se hallaba este ejército, viéndose menoscabado de casi ocho mil hombres con los fugitivos y aun de la comida de las bestias, de que se hacia estanco para dar racion, y se daba poco; que no estaba seguro el sepulcro de los muertos, que no les cortaran los piés y las manos para comerse los: un huevo fresco llegó á valer cuatro reales, una gallina cuarenta reales, y si se hallaba no parecía caro, un panecillo de salvado negro y muy pequeño ocho reales, y á este precio muchas cosas que no quiere encarecer la pluma, y lo encarecian los perversos de los ciudadanos, que aun la defensa no la tenían por propia;

escondiendo á nuestra gente cuanto tenían, estimando más el ser regida y gobernada por franceses, que les quitaban las honras y las haciendas, las mujeres y las hijas y no los guardaban aquella supersticion, que ellos llaman fueros: apalcaban públicamente á las justicias por cualquiera mínima cosa, como se contó de Lérida y de las otras ciudades, queriendo más sufrir semejantes infamias que no tolerar un pequeño socorro de gente que les pidió un Monarca y Príncipe suyo para ocurrir á tan importunas guerras como le coreaban en Italia y en ambas Germanias y en ambos mares, siendo así que era para la defensa de lo que ellos incúatamente exponian á la maldad, desvergüenza y tiranía francesa, haciendo de los templos y de los altares profanidades y sinagogas de dogmas heréticos, falsos y apócrifos. Salió el duque de Fernandina con las galeras de España á socorrer el ejército, si no desmayado por su mucho valor, afligido, y en su viaje topó las galeras de Nápoles y Sicilia, que acababan de llegar, que todas hicieron número de cuarenta y una: mostraron rostro al enemigo al anochecer de aquel día, y al amanecer, entrando en consejo los generales D. Melchor de Borja, General de la escuadra de Nápoles, D. Francisco Mejía, de la de Sicilia, y Julio Nelli de Oria, de la de Génova, hijo del duque de Tursi, á tratar del socorro y en la forma que se habia de hacer, no dejando de reconocer el riesgo grande á que se ponian el marqués de Villafranca y la escuadra de España atravesando por en medio de una armada tan gruesa y numerosa de artillería, como era la francesa: finalmente, resolvieron que el marqués de Villafranca, como estaba acordado de orden de S. M. y con los bastimentos recogidos, que las doce galeras que los traían acometiesen la empresa, que ellos entretendrían al enemigo tirándole con la artillería. Resolvió, pues, el marqués de Villafranca el hecho, y girando y poniendo la proa á la ciudad, mandó á los demas capitanes que le siguiesen: entró con bizarría y ánimo invencible por en medio de la armada francesa: el Burdeos tomó por designio abrirse en dos escuadras para cogellos en medio, y como fuesen pasando y con

la artillería ir las echando á pique, ayudándoles el favor de una calma que les había sobrevenido. Finalmente, penetró tirando y recibiendo un diluvio de balas hasta pegarse con el muelle: la postrera galera nuestra fué abordada de dos del enemigo y fue rendida; y la confusión tanta, de parte de mar y de tierra, que casi las más de las galeras encallaron y de la fuerza incesante de las balas de el cuernigo hicieron agua; muchos de los bastimentos se perdieron, y muchos fueron robados en tierra de los que los sacaban y de los que los esperaban para recibirlos, no pudiéndolo defender el príncipe de Botera que asistía á la orilla del agua, porque la hambre era tal que no respetó á la obediencia; con que lo más se perdió y fué necesario ocurrir á hacer al mar las galeras, aparejarlas y sacarles el agua: finalmente, aquel día fué de hartura para los soldados con la resolución del robo, aunque despues los hicieron entrar en dieta por la misma necesidad en que luego cayeron, y los villanos de Tarragona sacaron á las plazas lo que tenían, porque no abaratasen despues los bastimentos con los que habian entrado. El marqués de Villafrauca habló desde su galera con el conde de Nápoles, príncipe de Botera, diciendo que habia hecho lo que habia podido en servicio del Rey; conservación de la ciudad y del ejército, y dejando las demas galeras, con otras palabras de mucha cortesía, haciéndose algo á la mar tierra á tierra, hácia los muros de Barcelona por rehusar los continuos golpes de la artillería, se dejó caer al resguardo de Dénia, y las demas galeras de Nápoles y Sicilia, dió orden el príncipe de Botera á D. Fernando de Tejada, como gobernador de Tarragona, que asistiese en persona á la desembarcación de los bastimentos, en que gastó tres dias con sus noches, y era menester todo para defenderlo de la hambre y de la multitud que acudia á valerse de lo que podia. La armada francesa persistía tenazmente en que la artillería no le dejase salir á tierra, y que el agua lo consumiese; y como fuese no dejando lograr la avilenteza y virtud de ánimo generoso del que habia hecho este socorro, hizo llegar cuanto pudo los

navíos, en que recibieron más de dos mil balas, las galeras, el muelle y la ciudad; cosa que puso á todos en notable espanto y admiración, y el que, demás del tirar continuamente, echaran cinco navíos de fuego, de noche, para que las galeras se abrasasen; pero no llegaron á efecto por la industria y valor de algunos de nuestros soldados, que echándose al agua los desviaron y detuvieron, con lo que ellos mismos se quemaron. Ya cansados de sacar los bastimentos, viendo el enemigo que no podia ofender más, se hizo al mar, quedando tres galeras de las nuestras totalmente inhábiles para navegar, y las vituallas perdidas; porque demás de esto, cinco mil hombres que andaban en el ministerio con la clusma lo ayudaron á consumir y á deshacer, y así el ejército siempre anduvo ayuno; mas este trabajo se llevaba con general aliento por la esperanza que se tenía de la venida de la Armada real del mar Océano, á cargo del duque de Maqueda y Nájera.

Lunes, por la tarde, diez y nueve de Agosto, llegó la armada á vista de Tarragona en número de treinta bajetes: dió vista á la ciudad, y refrescando el viento, hizo frente al enemigo, como deseaba ya. Viendo tan grueso número de navíos y galeras, se puso en cuidado y discurrió por los rumbos que habia de huir: quíen dice quiso dar en tierra para tener más cierta y más segura la fuga de él y de sus ejércitos, digo genetes. El duque de Maqueda no llevaba orden de pelear, sino estar á la que le diese el marqués de Villafrauca, y en esta forma los demas generales, cabos y capitanes. Incorporóse la armada con todo el resto de las galeras, y al lado del marqués de Villafrauca, y en conserva, más de sesenta barcos y bergantines cargados de vituallas de Vinaroz y de Valencia para meter de nuevo en Tarragona, para fortalecer y animar aquel ejército, como lo hizo ántes con su Capitana la de Nápoles, Sicilia y Génova. Esperaba el duque de Maqueda orden para pelear del marqués de Villafrauca, y todos los demas soldados, donde venian muchos señores de Castilla y de la Andalucía para señalarse en aquella ocasion, que no acabada de resolver por causas que no sabemos, y obraba solamente la ar-

tillería: sin embargo, mostró hacer cara el arzobispo de Burdeos, pero no sin miedo, creyendo salir de tan gran potencia hecho pedazos. Esta suspensión tenía enervado el ánimo de nuestra gente, porque todos ardían por pelear, haciéndose diversas instancias al marqués de Villafranca sobre esto caso; mas como corría todo por su cuenta, le pareció bastaba poner en huida al enemigo y que dejase de infestar la mar y la tierra. Calumniáblemente, y dijeron que decía del Ministro que si quería que á costa de su sangre le diesen otra copa de oro como la de Fuenterrabía y á él las batas de los enemigos.

El arzobispo de Burdeos hubo de ir huyendo hasta meterse sin parar en Marsella: siguióle nuestra armada, y esperando por horas nuestros Ministros la nueva de ser tomados y deshechos, y entrar á la vista de los catalanes en Tarragona, con grande destroz y presa, á postrero de Agosto las galeras y armada dieron vuelta á los Alfaques de Tortosa. Este suceso, tan simplemente acometido, dió mucho que sentir y que hablar en la corte de España y en toda la Europa, y á traer al marqués de Villafranca en todas las bocas de los hombres, porque habia estado en su mano y en la de un general tan valiente y con una armada tan prodigiosa, aprestada con tanto cuidado y millones de plata, haber deshecho la de los franceses, sin haberlos permitido, ni dejado aliento, ni respiración para volver otro año. Pasieron en las orejas del Ministro el chiste, ó el cuentecillo de la copa de oro; con que el marqués de Villafranca, demás de las borrascas y tempestades de su casa y de su hermano, comenzó á correrlas más deshechas en la indignacion de aquel hombre, en quien no se dejó de discurrir alguna contradicción á sus adelantamientos: por otra parte, se veian en él tan contrarios semblantes, que ejecutaba lo uno, y en lo otro se le daría tan poco de las pérdidas, y hacia tan leve sentimiento en ellas, que no le costaba siquiera una hora de moderada salud. Disculpábase el duque de Maqueda con que su ánimo habia sido pelear, mas que él habia estado sujeto á las órdenes que le dieron y á las del marqués de Villafranca, y que las mostraria por escrito; y no

obstante la instancia y protestas que le habia hecho, no dejando de hallarse sentido de que le tuviesen por tan corto y tan flaco marinero y soldado, que no se le fiese á él la libertad de poder pelear y gobernar aquella armada. Oyéronse en este caso á muchos capitanes; con que la culpa se cargaba al Marqués, duque de Fernandina: él decía habia hecho cuanto habia podido, conservado la armada y la gente del Rey, sin haberia aventurado ni expuesto á trances ni accidentes de fortuna, que no siempre ni todas veces son favorables á lo que se pretende; ahuyentado al enemigo, héchole retirar, y metido afrontosamente por sus puertos: victoria que se podia tener por muy considerable, y con la que vencieron muchos y muy esclarecidos capitanes, y dieron honra á grandes Monarquías; y si bien por entónces pusieron en olvido al duque de Maqueda para no volverle á encargar armada, el aliento del marqués de Villafranca, que moría el corazon del poderoso, le trajo casi al fin de este año á la prision de la fortaleza de Odon, cerca de Madrid, depuesto de sus cargos y oficios. De esta manera le tuvieron todo el año siguiente, sin residenciarle; y preguntando un hombre curioso cómo no hacian proceso de culpas al marqués de Villafranca, fué respondido que él no estaba detenido por mal vasallo, mal capitán ni mal soldado, sino que se le habia puesto allí, como á Don Francisco de Quevedo en Leon, para que callase; cuyo fin nos quedará para otro libro, en que diferentes tempestades le sacaron de la prision y le resituyeron al generalato de las galeras de España. Como necesario á su manejo, ósto es el fin que tuvo aquella armada, en que se fundó y se esperó toda la ruina y terror de Cataluña. Viendo Mos de la Mota que la armada del Cristianísimo no habia obrado nada en favor de Cataluña, y que se habia retirado á invernar, porque ya el tiempo estaba muy adelante, levantó el ejército, quemó las barracas y se retiró á Villafranca de Panadés y otros lugares, y sacudió de sí Tarragona aquel peso y aquel yugo que la oprimia; con que nuestra gente refrescó y descansó de aquel trabajo en los alojamientos; no obstante de que no fallaban

muchas escaramuzas y encuentros de ambas partes, no dejando de ser infestados por la frontera falsa y Perpignan, haciendo sus embestidas á Colibre para impedir nuestros socorros á plazas tan importantes, cuya gente estaba á cargo del marqués de Mortara y de Julio de Arce, y de otros cabos de reputacion.

Estaba todo el reino de Portugal metido en no menores rumores y discordias que Cataluña, y casi todo encendido en bandos: ni bien unos apetecian el gobierno del tirano, ni bien otros el de Castilla y el del natural y verdadero señor. Hacianse aprestos para ir á la guerra y á las fronteras, y si bien algunos designios encargados á señores y capitanes no habian tenido efecto, de que toda la Andalucía habia entrado en sospecha de alteracion, muchos de ellos se conservaban fieles al Príncipe; pero la gravedad de los tributos, y los nuevos pliegos ocasionados á algunos Estados hacian variar en la condicion. El Berganza usaba de la tiranía, juntaba gente y dineros para defenderse, conservarse en el señorío y en el mando, aunque fuese á costa de sangre; solicitaba, sin embargo, los auxilios forasteros, como de Francia, Inglaterra y Holanda, hasta meter las mismas inteligencias entre los reyes bárbaros del Africa, para lo cual aprestó un navío inglés, enviando en él al conde de Taroca y á D. Pedro de Silva y á otros caballeros portugueses, con marineros, municiones y vituallas para quitar de Arcilla y Tánger, y de las otras fuerzas de la Mauritania que son del reino de Portugal, los gobernadores afeccionados y aficionados al rey de Castilla y que las tuviesen en su nombre. Habian sido estos caballeros forzados en la cuestion de Portugal; y viéndose en aquel navío y en el mar, libres de la tiranía, y habiendo metido en él lo que pudieron y lo mejor que tenian en sus casas, apoderándose del gobierno y del inglés, le hicieron encaminar la derrota y las velas á Gibraltar, á poner en manos del Rey católico sus personas, y á mostrar su fidelidad. Tuvo noticia de esto en todas aquellas fronteras; con que corrió con velocidad á la corte: los Alcaldes ó Capitanes de las fortalezas avisaron luego estarían siem-

pre á la obediencia del Rey; pidieron asistencia, gente, municiones y bastimentos para proseguir en la constancia y lealtad; pero llegado el navío, y dado fondo en el muelle de Gibraltar, el alborozo de tomar tierra, saltar en ella y dar cuenta del portento á las Justicias y Gobernadores de aquella plaza para que pasase el aviso á Castilla, los hizo tan poco recatosos, que sin dejar guarda ni defensa en él, como el Maestro resolucion de alzar velas, y llevándose las haciendas que allí venian, de valor de más de setenta mil ducados, se volvió á Portugal, dió expresa noticia del suceso, y el conde de Taroca y los demas pasaron á la corte, donde fueron recibidos con solemnidad, y alojados generosamente de las expensas del Rey: quién dice que el navío era de Hamburgo, ciudad anscática, que habia traído trigo, por no poderlo ya traer de Castilla, y aun que el descuido fué de los Justicias, que no hicieron lo que los pidieron; en que metió la mano el Consejo real, y los mandó prender.

Ibábase juntando un poderoso ejército en la frontera, de quien se habia hecho General al conde de Monterey, haciendo plaza de armas á la ciudad de Mérida, ilustre por los vestigios y memorias que hay allí de los romanos; para cuya guerra se habia doblado y resellado la moneda de vellón, que puso las cosas de Castilla en notable confusion, y desasosiego de los naturales, y del comercio, subiendo las mercaderías y el premio de la plaza á excesivos precios, turbando y descomponiendo el uso general de la vivienda. Comenzáronse á fortificar los portugueses en sus fronteras, puestos y ciudades del Reino, y con más prontitud de Lebas, Evora y Lisboa, poniendo mucha artilleria en los castillos, levantando máquinas, baluartes, y abriendo trincheras en terreno opaco, con muchos cañones de bronce para rebatir cualquier entrada que se hiciese por la Barra, acción que no carecia de recelo. Asaltados siempre los ánimos del Berganza y de la mujer, de que cada dia eran acometidos, careciendo por esta causa del sueño y del sosiego, fruto de la maldad y de la traicion, hicieron General de sus gentes al conde de Vimioso, admitiendo siempre

navíos de Francia y de Holanda en aquel mar, pero siempre vacilando unos y otros en querer mudar de resolución; no faltando molines y discordias que traian espaniados los corazones, temiendo cada día que el cuchillo no llegase á la garganta á castigar el delito: quién decia que algunos castellanos, digo, querian volver la casaca, y las fortalezas que les habian encargado, en que algunos castellanos, por su natural, y por la fé que debian al Príncipe, fueron más culpados, que portogueses. Llególes á esta hora una nao de la India, y una flota de carabelas de azúcares del Brasil, y en vez de alentar los ánimos de la gente del Andalucía, donde se hacian gruesas levas para acudir á la guerra de Portugal, se comenzaron á sublevar, con pedir á muchos y á muchas ciudades los títulos con que tenían las tierras y posesiones; porque decian que desde la expulsion de los moros las tenían sin legítimo derecho. Muchos se compusieron, y otros llevaban mal y de peor condicion estos escritorios, hablando indiferentemente y poniendo libelos por las plazas y esquinas; con que se tomia en la Andalucía algun fracaso. Prendieron en Alemania y en la ciudad de Ratisbona á D. Duarte, hermano del Berganza, y le hallaron, digo, le llevaron al castillo de Pasau; de quien se decia que andaba conmoviendo algunos Príncipes protestantes para socorrer á Portugal y fomentar la rebelion; y á D. Polipo de Silva, Castellano de Amberes, en Flandes, hermano del marqués de Gobeá, que tambien habia seguido, aunque por fuerza, la fortuna de los demas de aquel Reino, depusieron de sus cargos, más por recelo que por sospecha de su fidelidad, y le prendieron, no más que por portugués, y porque no pasese allí en tiempo que necesitaban de un soldado de partes, valor y experiencia, cuando ellos no tenían ninguno. Las costas del Reino de Granada eran amenazadas de árabes y moriscos, no habiendo parte en el Reino que no se estremeciese de esta sospecha y de este ruido. A Doña Ana María Manrique, duquesa de Abero, sacaron de Setubal y llevaron á Santaren, porque no se ajustaba á la rebelion, y procuraron sujeta al Duque niño á la obediencia del tirano. No estaban seguros los

Prelados que disentan de esto: hacia la Princesa Margarita diligencias, y por la de algunos castellanos, pero no era oída. Aseguraba el rey de Inglaterra al Rey Católico que no entrarin jamás en ningun tratado ni concierto con el Berganza, ni ménos haria liga con él. Echóse un bando en la corte, que todos los caballeros hidalgos acudiesen á Palacio, á la sala del reino al instante, y los que hubiesen venido con licencia de Cataluña; que los que estuviesen impedidos viniessen sus parientes á responder por ellos, y que los viejos acudiesen á servir con el consejo contra el tirano; pero la continuacion y la fatiga de tanta guerra, de tantos pedidos, tenia decaído el ánimo de los vasallos, y más parece que se tiraba á desconcertar repúblicas que á armar ejércitos; con que el desconsuelo era general, y comun en todos esperar ruina más que otra cosa; contristando siempre el ánimo del Príncipe, y desconsolando, por aquí, el ardor y el corazon de los vasallos.

Hacia el inglés estos esfuerzos con el Rey Católico por el miserable estado en que cada día se veia con sus gentes, y habiendo menester para sí las armas ántes que darlas á otro. Venianles á los portogueses navíos de armas de Holanda y de Francia, introducido ya todo el Norte á su contratacion y comercio; y el rey de Francia admitió la proteccion y embajadores de aquel tirano. Pero en Castilla el Reino, las villas y ciudades ofrecieron infantería y caballería, porque la mano del instigador llegaba á todas partes, y hasta lo más árduo y remoto, y allí pretendia asolar y destruir, y que el mundo todo zozobrase y se revolviere en ceniza. En el Perú se levantaron las alteraciones y novedades sobre el papel sellado, que no querian admitir, y en veloz tumulto quemaron el almacen ó la casa, porque no quedase cosa en el orbe que no fracasase. Mazagan levantó bandera por el Berganza, y casi todas las plazas de Africa corrieron esta fortuna, y las Islas Terceras se aparejaban á seguir el ejemplo, ó muchas de aquellas de la tercera parte del mundo vinieron á manos de holandeses, hasta no quedar en Oriente una fortaleza, ni una pequeña isla por Castilla. Anuncio era de estos presagios lo

que se vió en la córte de Madrid y en algunos lugares antecedentes por la parte de Levante, cosa nunca vista, ni descrita de hombres humanos. Domingo, cinco de Mayo de este año mil seiscientos y cuarenta y uno, á las ocho y tres cuartos de la noche, en la region del Agre, corrió tan fuerte exhalacion de fuego por breve espacio, acabándose y cayendo de repente hácia la otra parte del rio, sobre Carabanchel ó la Casa del Campo, tanto, que quedó la noche por aquel instante, ó espacio, como al medio dia, con espanto de muchos que lo vieron, creyendo venia sobre ellos el último dia en que vendrá y será abrasada toda la tierra. Los que tienen noticia de este género de exhalaciones, dijeron era algun cometa que, no pudiendo subir arriba, se desvaneció: vióse aquella tarde hácia la parte de Levante grande vapor de exhalaciones densas y gruesas, en que se veía de lejos caer y subir rayos, y por esto dijeron por causa que sería de aquella materia, ó esta novedad anunciaba que la persona de un gran Principe que militaba en Flandes volvería en cadáver miserable al mausoleo de San Lorenzo el Real, ó que se acabarían presto ó se desvanecerían como aquella llama los que metían el fuego en la Europa, como algun Rey, ó dos Privados que hoy vemos precipitados de la misma manera, para darnos á entender que no es más permanente el fuego de la estopa.

Solicitaba el Berganza, con designios contrarios á nuestra seguridad, navios de Holanda para invadir los puertos de la Andalucía, y ponerlo todo á la desolacion y desventura de un Gobierno poco afortunado. Llegó la flota de galeones á Cádiz por fin de Junio, á pesar de las traiciones de los enemigos. En Lisboa quisieron los enemigos de aquel Consejo fulminar proceso y pronunciar castigos contra los caballeros que se habían venido á Castilla: amanecieron otro dia papeles en las puertas, en que afirmaban matarían á los que lo hiciesen, con que se suspendió, y no pasó el hecho adelante; hicieron nuestras gentes algunas entradas en Portugal por la parte de Elvas, robaron las mieses hasta Olivenza, sin efectuar nada: poníanse libelos en las fronteras, á intencion de

sublevar á Castilla, diciendo habían tratado á los vasallos los Gobernadores como esclavos, no habiendo tiranía que no se ejecutase sobre ellos; y en venganza de nuestras acometidas hicieron las suyas por la parte de Galicia, y el Berganza entró en pensamientos de acomodar sus cosas con el Papa, que diese por buena y justa la rebelion, hacer presentacion de Obispos y otros Prelados, enviar y admitir de una parte Nuncios y embajadores. Propusieronle su derecho falsamente, con las quejas que tonian de los Gobernadores de Castilla; pero la verdad de esto está escrita con mucha precision y legalidad en Gerónimo Franqué, cuya narracion le dió autoridad entre todos los más elevados cronistas, por estar toda rodeada de sinceridad y llaneza, y sin artificio ni otro instrumento apócrifo, y en derecho con grande erudicion, por D. Nicolás Fernández de Castro, natural de Búrgos, Senador de Milan, en el libro que escribió de Portugal; convencido contra todos los historiadores y abogados portugueses, en que refutó el derecho que pretenden dar á Berganza. Tuvo alguna sospecha de Prelados fieles y verdaderos que disentan de aquel hecho, como del obispo de Silves de Lamego, y otros, porque se oyó decir al Acuña, arzobispo de Lisboa, primer motor de la rebelion, que si el Pontífice no admitia la eleccion del Berganza sería menester mudar de parecer.

Atendian nuestros Ministros con toda vigilancia y consejo á la reduccion de Portugal, á restaurarla y á castigar los agresores con el hierro y el plomo; y de la misma manera que se habia hecho plaza de armas en Badajoz y en Mérida, puesto cabos y capitanes, y juntado ejército de mucha infantería y caballería, se hizo otra por la parte del Algarbe, y fundádola en el Marquesado de Ayamonte, lugar puesto en las vertientes de Guadiana cuando entra en la mar, haciendo caudillo de ella al duque de Medinasionia y al marqués de Ayamonte, donde asistia mucha gente de la Andalucía, y mucha nobleza de ella; y túvose pretension que en algunos barcos luengos, á cierta hora señalada de la noche, con ocho ó diez mil hombres armados, entrasen por la Barra de Lisboa, y acometiesen-

do á la ciudad y poniendo petardos en las puertas do Palacio, romperias y entrar á fuego y á sangre, matando á los tiranos, al Duque y á la Duquesa, y alzarse con la ciudad, adonde se decia que habia mucha gente noble para seguir la nuestra y el partido del Rey, conjurados de secreto contra el tirano, y restituirla á la obediencia, estando avisado para esto el entrar el ejército luego que sucediese por las fronteras. Finalmente, este suceso no tuvo efecto, porque el duque de Medinasionia se disculpó que la armada con borrascas y alteraciones no le habian dado lugar al intento, y el ejército calmó, no pudiendo entrar sin la ejecución de lo primero, en que pudiera ser que se recobrara el Reino; y por lo ménos quedaran extintos los tumultuarios y agresores: con que los gastos, las pretensiones y tanto ruido de armas quedaron inútiles y el Reino defraudado en tan grandes y crecidas sumas, para no poder volver á levantar cabeza; con que se explayó el suceso, y el portugués se vino á hacer más formidable de máquinas y fortificaciones, y poner en mayor dificultad la restauracion. Llegóse á creer la disculpa segun los intempestivos casos de la mar, sus mudanzas y diferencias, y que en barcos tan pequeños y en mar tan brava podian naufragar; pero este discurso no carecia de calunnia contra la cabeza, si habia sido miedo, ó falta de valor, ó amor propio á la sangre: mas cuando se vió que el Berganza hacia prisiones en la ciudad y en el Reino á los que se habian entregado de toda fidelidad hasta acometidas las sospechas, ocuparon presuncion más profunda de que se habia revelado el suceso, y en este año se oyeron en Cádiz rumores más peligrosos de naves de enemigos, y claramente ó por medio de lo conetido, y salvarse en algun accidente, se decia habia trato en Cádiz para entregarse aquella plaza, y que se queria levantar la Andalucía. Si bien esto parecia dificultoso, y que el intento era muy árduo, porque todos los señores de ella estaban muy sosogados, y sin sospecha, y se tenia en no poca veneracion la fidelidad de los andaluces; como toda ella estaba cargada de pechos, como lo decian sus pasquines, que viéndola frustrada y pintada en forma de

mujer con los pechos descubiertos, y muy pesados, tanto que la agoviaban, diciéndola que por qué no se movía, respondia el pasquin que el peso de aquellos pechos no la dejaban mover; y luego la repetía: pues levántate: y sin embargo, las grandes sacas que se habian hecho en los hombros de negocios y cargadores de las Indias en la ciudad de Sevilla, tanto que muchos habian quebrado y otros estaban para hacerlo y para acabarse la contratación.

Púsose vigilancia en aquellos mares y en Cádiz, y el duque do Ciudad-Real mudó los Capitanes y Gobernadores de las fortalezas y de armadas, viéndose rodcar aquellas costas do navios de enemigos sospechosos, con que el Berganza parecia inteligencia secretas, y que ya que él no lo podia tomar lo tomase quien lo pudiese todo al trance, y que la guerra que se lo pretendia hacer en Portugal recayese en la Andalucía, y que levantada ésta no le fuese posible al Rey Católico parar en Castilla, y que toda España se pervirtiese, y cayese todo en manos de tiranos, para poder por aquí librarse del cuehillo con la confusion y con el estrago; apretando esto con nuevos papeles fijados por las fronteras, en quo pedia á Castilla y á Leon se levantasen, se hiciesen á su bando y parcialidad, ofreciendo franquicias y libertades de tributos: y estábalos imponiéndolos él, por llevar adelante sus tiranias. Viéronse los navios rodear la costa, hasta tener atrevimiento de entrar en la bahía de Cádiz, y dar fondo, no sin sobresalto de aquellos á cuyo cargo estaba la guarda y la defensa: sin embargo esperaban, porque parte respiraba la trauicion para hacer el acometimiento. Púsose la ciudad en arma y en defensa, y no atreviéndose á parar allí, porque el miedo aún todavía tenia encervado el ánimo de los pocos fieles, se hicieron á la mar, corriendo siempre desde aquella bahía hasta Gibraltar, y volviendo al Algarbe, donde los navios de Danquerque con su general Júpiter los acometió muchas veces, derrotó y maltrató con la artilleria, sin dejarlo obrar ni hacer nada, y deshaciéndole de la esperanza de ningun efecto. Tan miserable estado corria la Monarquía, y en estos lances se habia

puesto al mejor de los Reyes, sin poder tener por esta causa el corriente de lágrimas de los vasallos que verdaderamente le amaban, oprimidos de un Gobierno crudo que las detenia y embarazaba que no se viesen, porque no se esperaba el remedio de males tan inicuos que hacian estremecer los ejes del cielo. Los holandeses y franceses volvieron á salir mezclados con portugueses, con navios de fuego, tornando á dar vista á Cádiz con ánimo de hacer echar gente en tierra, tomar la ciudad y quemar la armada, que estaba para salir á recibir la flota de la Nueva-España. Pusiéronse á la vista, no sin alteración de los naturales y de nuestros Capitanes, que la habian retirado á la Carraca; mucha de la gente cogia su ropa y corrían á salvarse á Jerez de la Frontera. Salieron de refresco los navios de Donquerque, la Capitana, Almiranta, y otros tres metiéronse entre ellos, y peleando, poniéndolos en gravísimo miedo y terror, dándoles los costados la Capitana y Almiranta para que los aferrasen, y no se atrevieron los enemigos: la cobardía esparciólos la noche; y arredrados á la mar nuestros bajeles se volvieron á entrar en la bahía, no poco ufanos de haber peleado con tan gruesa armada, y que ellos no osasen á embestirlos. Mandaron salir fuera al duque de Ciudad-Real con los navios que allí habia, para hacer rostro á los del enemigo y escolta á la flota de la Nueva-España, que se esperaba; pero reconociendo en ellos por avisos y espías inteligentes otros motivos, encargaron al conde de Salvatierra, asistente de Sevilla, lo de Cádiz, y al conde de Chinchon, que acababa de llegar allí, del vireinado del Perú, y detenido, sin conocer las causas, los aprestos que se hacian en Sevilla para las cosas de la guerra; porque es gran delirio creer que hombre mortal podia ser Rey de la Andalucía, ni que la Andalucía eligiese Rey donde hay tantos señores fieles que se opondrían, tantos nobles, tantos buenos vasallos, á la vanidad de alguno; porque la Andalucía no es Portugal.

No tuvo efecto la empresa de Olivenza por Badajoz: rindiéronse las Islas Terceras, y dieron la obediencia al Berganza; sola la fortaleza de Angria se mantuvo por algun tiempo,

que no pudiendo ser socorrida, hubo de doblar la cerviz al tirano, con que los galcones y flotas y las demas contrataciones corrían riesgo desde las Indias á Castilla; y la materia del Brasil se partió, y se compuso entre holandeses y portugueses; y áun hay quien dice que está todo por los primeros. Hacian entradas por Galicia, y pasaban de cuarenta lugares los robados y expuestos al fuego, y en el partido de Lobios, en dia y medio abrasaron más de mil y doscientas casas, maltratando y destruyendo por la Puebla de Sanabria: echaron por Badajoz mil infantes y cuatrocientos caballos, que rechazaron mil de los nuestros: acometieron otras entradas por los contornos, y todo de ninguna importancia: dejó el conde de Monterey el ejército de Badajoz con el mal efecto de la empresa de las Barcas, y se volvió á la corte de Castilla. Desahuciados todos nuestros Ministros de poder hacer por entonces ninguna cosa de provecho en el reino de Portugal, discurrendo no poderse hacer dos guerras, por mar y por tierra en España, resolvieron en primer lugar el acabar con una y comenzar la otra, y que la primera fuese la de Cataluña; y desconfiados ya los enemigos de salir con la empresa de Cádiz, determinaron de esperar la flota de Nueva-España en el cabo de San Vicente. Salió á esta hora, y á impugnar este designio, el duque de Ciudad-Real con veintitres navios bien armados y aprestados á cualquier combate: corrió con velocidad á reconocer el Cabo, y hallando allí los enemigos, peleó con ellos, derrotólos y echó tres navios á fondo, mató mucha gente de los otros é hirió á grande número; y fué esto á sazón en que tenia orden del Magistrado de la Haya de que si á quince de Noviembre de este año no hubiese venido la flota, de volverse á Holanda. Finalmente, ambas armadas de Levante y de Poniente corrieron esta fortuna, así de Francia como de Holanda, y todas tuvieron el fin tan contrario; los unos huyendo y los otros deshechos y derrotados, sin conseguir faccion ni designio, por más que lo premeditó la infidelidad.

Consiguientemente á esto se vió en Lisboa un prodigioso efecto de crueldad y de tiranía, y se vieron sus calles llenas



de suplicios infames contra los verdaderos portugueses y fidelísimos vasallos á la Majestad católica del rey D. Felipe IV; de cadalsos, y de horcas y de otros instrumentos afrentosos. Hizo degollar el Berganza, y derramar la esclarecida sangre del duque de Camiña y del marqués de Villarreal, su hijo, ramas todas del antiquísimo tronco de la casa real de Portugal; del arzobispo de Braga, del conde de Valdeley, del conde de Almenar, del conde de Castañeira, del obispo de Malaca; á Antonio de Mendoza, á Paulo Perez de Carballo, y poner en horcas y hacer cuartos á aquél y á su hijo Gonzalo Perez, y Sebastian Pinto su hermano; á Luis de Abreu de Freitas, y á D. Agustín Manuel degollados, y ahorcados á Paulo de Carballo, á Sebastian de Carballo su hermano, á Antonio Correa, á Diego Ruiz de Lisboa, á Jorge Gomez Alamo su hijo, á Melchor Correa de Franca, á Pedro de Baeza, á Cristóbal Caminha, á Jorge Fernandez del Bau, á Matias de Alburquerque, á Simón de Sousa de Amoeda, cuya sangre dió testimonio de su fidelidad y enterneció el ánimo del Rey Católico y el de los mejores de nuestros Ministros, que deseaban la pacificación y salud del Reino, viendo casas tan grandes y familias tan esclarecidas deshechas y despedazadas de la hija de una tiranía y de una ambición. El sentimiento que esto hizo en Castilla y en toda la cristiandad no es posible dibujarlo aquí; dióse más puerta al discurso de que se habia faltado al secreto de ir contra el opresor, y poner en el gobierno del Reino y restituir á la princesa Margarita como de antes se estaba, y volver el estado y el manejo de los negocios á la union de Castilla, porque de otra manera no podía ser sin revelacion de órdenes y decretos publicados; materias en que discurrían se habian hallado cartas que aseguraban la comunicacion y la alianza con el Duque tirano: quisieronlo averiguar y dar al castigo tan gravísima maldad, y el no haber tenido efecto pronto el acometimiento de Lisboa, y las otras sospechas de la Andalucía y de las armadas de nuestros enemigos, que la inundaron. llamaron á la corte al duque de Medinasioni, que se disculpó de no poderlo hacer por su falta de salud;

cuya respuesta hizo confirmar muchas sospechas y recelos en que ya entraba casi todo el Reino: llamaron al marqués de Ayamonte, y pucsto en obediencia y en el camino, lo prendieron en Cardona y llevaron á la fortaleza de Montánchez, donde fué rigurosamente punido y estrechado de guardas y otras justicias; y para haber á las manos al duque de Medinasioni con recelo de alguna novedad, y que no la tentase, (siendo esto más afectacion que potestad hecha por el Ministro que descende de su casa, porque no hay alguacil de corte, el más desventurado, que si se lo mandan, no basta á prender al mayor señor de Castilla). tomóse por expediente el poner de secreto paradas de mulas en el camino de la Andalucía, y se hizo elección, para salir con el intento, de D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio, haciendo publicacion de que le enviaban á una jornada, que si él lo sabia estaba toda la corte ignorante de adonde era: quién decia que para Aragon, quién á Valencia para cosas de Cataluña. Finalmente, con sólo lo forzoso para su persona, miércoles, cuatro de Setiembre, partió á toda diligencia y sin poder encubrir más el secreto, so esparció que para la Andalucía, corriendo ya los discursos libremente por la corte, y de ella por todo el Reino, de que iba á prender al duque de Medinasioni, ó á matarle caso que lo resistiese; á que atento el patriarca de las Indias, despachó á toda diligencia á su sobrino dándole cuenta del accidente que iba sobre él, que no se detuviese más un punto. Púsose D. Luis de Haro en cuarenta horas en Cardona, trabado del calor, del cansancio, de la falta de sueño y de la sed, y de no hallar nieve, teniendo ya provenidas muchas inteligencias en Sevilla para el caso; pero teniendo aviso de la partida del duque de Medinasioni de Santúcar, D. Luis de Haro paró en Cardona, sin hacer otro movimiento ni mudanza, dándose á recibir las visitas y el festejo de los caballeros y parientes de aquella ciudad, como natural de ella; los mensajeros que le enviaron el duque de Lorma, y Cardona su cuñado, el duque de Arcos, del marqués de Aguilár, y Montilla, donde poco ántes habia casado de segundo matrimonio el duque de

Medinasidonia; y desde allí los fué á visitar á sus casas, donde se confirieron materias en aquello, y halló en grande seriedad y ócio el ánimo de aquellos por la opulencia y riqueza de sus casas, grandes estados y familias, aunque trabajados de la comun influencia de los pedidos, donarios y otras sacas, investigaciones de tierras, alcabalas y otros derechos de que eran asaltados por instantes de los Ministros de justicia: sereno en Cardona por esta misma causa los espíritus de algunos caballeros que ya no podían obedecer ni tolerar más semejantes decretos, con que en el Consejo del poderoso estaban y aun juzgados y tenidos por rebeldes y desobedientes, y acusados por esta causa de las mismas justicias; fortuna en que no sólo estos pero todos los demas militábamos y teníamos por comun estímulo y espuela en los corazones.

Llegó el duque de Medinasidonia por sus jornadas á Illescas, y allí le saltó á recibir el patriarca de las Indias, su tío: hablaron en varias cosas sobre la novedad y el accidente, ámbos llenos de dolor y de pena; y arrojóse el Patriarca á decirlo al sobrino le dijese la verdad y se declarase con él para buscar el medio que más conviniese al remedio de todo, á la esperanza y firmeza de la causa: él le aseguró que en su fidelidad no había duda, ni ménos en su proceder ni en lo que el Rey le había encargado, causa por que no se eligió persona que de ambas partes, con arte y con prudencia, entre él y el Ministro se obrase lo que á todos convenia, para que se excusasen cosas que sirvieran más de daño que de reputacion: hizole preguntas á algunos acaccimientos, á que se disculpó no haber podido más. Pasó adelante, y llegando á la vista de la corte, fué avisado pasase al soto de Luzon, donde allí le esperaba el Ministro; recibiéronse ámbos con demostraciones de amor y de cortesia, si bien los ánimos de cada uno diferentes del semblante: entraron luego en la palestra de la digresion, donde á los primeros lances le apretó y forzó con varios juros que dijese la verdad: Dios sabe lo que habia en esto, y si esta invencion era supuesta en cuanto fuese preguntado, porque en ella y no en otra cosa era este caballero,

digo, consistia la conservacion de su vida, honra y casa. Era esto caballero de más vanidad y presuncion de sangre, que do saber, porque el entendimiento era corto, la sagacidad y la prudencia ninguna. Finalmente, fué examinado y convencido de manera, que cuanto negó al tío refieren que le confesó, habiendo do ser (á mi parecer) al revés, porque no es justo hacerse roo con aquel en cuya mano está toda la potestad, cuando se decia de él que no tenia mayor enemigo ni mayor émulo la Casa referida; refiriendo que la habia destrozado con los pedidos que le habian hecho, y últimamente haberle puesto pleito á las Almadrabas, renta la mayor y mejor que tenio el Estado de Medinasidonia, y sobre que cargaba su mayor lustre y grandeza; pero viendo ya el Gobernador metido el pájaro en la red, quiso que se fuese desahogado, llamó Ministros del Consejo de Castilla y del de Estado, é hizo que le tomase la confesion D. Hilario de la Carrera, del Consejo Real, y concluido esto, metido todo á disimulacion y buen semblante, precediendo siempre la vanidad á la justificacion y al celo, por decir que somos de la casa, le hospedó en el Retiro á su costa; pero la familia era tan corta, que cualquier Licenciado lo podia, donde pensó que los Consejos le fuesen á visitar como al duque de Módena, pariente del Rey. De allí le pasó á Loeches, desde donde venia de noche á Palacio á la presencia del Rey, dado á la disimulacion, con el semblante alegre y muy hallado en todo, como se lo habian aconsejado. No dando de armarlo lazos con el engaño y discurriendo el poderoso lo que se habia de hacer en tal caso con él, y qué castigo se le habia de dar, se quiso ántes tomar la confesion del marqués de Ayamonte, á que pasó D. Enrique de Salinas, al caldo de casa y córte, y haciéndolo greguntas, negó poderosamente: reconvinole con la confesion del duque de Medinasidonia, á que dicen que enmudeció y calló por un breve rato, mas que despues, con falta de ánimo y consistencia de valor en los lances de fortuna, confesó, y con esto fué tan estrechado en la prision, que apenas le veia un criado. La resolucion de esta materia, como de capricho tan escogido, se deli-

nió en meter al duque de Medinasionia en un desafío á título de denostar al Berganza y decirle por un manifiesto todas las afrentas y deshonras que vivian en un corazon que mal advertidamente y con descuido habia ocasionado la pérdida de un Reino de tanta estimación y de precio, y que no le habia sabido, abrazado á las leyes y rigores de la decencia, conservar; y, por otra parte, por exponer al duque de Medinasionia á la total ruina suya y á la de su casa, de que se decía se desentaba ya que le sucediesen lances afrentosos con un Reino y con una nación enemiga y que se sabe burlar de lo más poderoso; diciéndole que por solo aquel camino podia salvar sus calumnias, su reputación y lo que se murmuraba de él. Púsose el manifiesto en la frontera, que decía de esta manera:

«Don Gaspar Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de la ciudad de Medinasionia, marqués y conde de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, Capitan general del mar Océano y costas de la Andalucía y ejército de Portugal, Gentil-Hombre de la Cámara de S. M. (Dios le guarde), digo: que como es manifiesto al mundo la traición de Juan de Berganza, que fué Duque, le sea tambien la detestable intención con que ha querido manchar la fidelísima casa de Guzman, que por tantos siglos ha permanecido y permanecerá en la obediencia de su Rey y Señor, acreditada inviolablemente por todos ellos con tanta sangre vertida, por no faltar á ella, ha introducido, pues, este tirano en los ánimos de los Príncipes extranjeros, y en los portugueses errados que le siguen, para delito de su maldad, para aliento de ellos en su favor, y para descomponerme, aunque en vano, con mi Rey (Dios le guarde), que yo le asienta en su opinion, fundando en esta voz y en este vertido veneno su conservación, pues si se pudiera conseguir que dudara le faltaria tanto opósito despues de los misterios de sus pérfidos cedulones arrojados en Castilla, me hizo aclamar libertador del Andalucía y favorecedor suyo, festejando esta ruidosa malicia con luminarias y públicas demostraciones; convenciéndose él mismo de su falsedad, pues si lo que pudo ser, yo siguiera este intento, si no su importancia, estaba en el

silencio, valióse para su engaño maquinado de la ocasión de un fraile que piadosamente envió la Junta de Ayamonte á redimir la vida de un hombre, que condenado á muerte por espía estaba en Castromarin, pasando el religioso á Lisboa preso, de donde con cautelas aparentes, en prosecución de su intento, derramó el tirano algunas cartas falsas que insinuaron correspondencia conmigo, y dió á entender que yo daría puerto á las armas extranjeras si vinieran á estas costas; todo en orden á facilitar que fuesen á ayudarle: pluguiera á Dios que así fuera, y viera el mundo efectos de mi fineza en el destroz de sus navíos, como lo habia experimentado con las órdenes que dejé si lo hubiera intentado, esto es, despues de lo principal, y el que sea su mujer mi sangre, descando verterla por corrompida, me ha puesto en obligación de mostrar mi reconocimiento á la Majestad de mi Rey y Señor, de la constante satisfacción que ha tenido de mi lealtad y darla al mundo enteramente si la dudó.

» Y así, desafío á Juan de Berganza, que fué Duque, como fementido, aleve á su Dios y á se Rey, á singular batalla cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, dejándolo á su elección, como tambien el género de armas, para junto á la raya, en Valencia de Alcántara, donde esperaré ochenta dias, que corren desde primero de Octubre y cumplirán á diez y nueve de Diciembre de este año, y los veinte últimos estaré en el dicho lugar y sitio con mi persona, y en el dia que de ellos me señalare lo esperaré; con que el tirano tendrá tiempo para saberlo, y los reinos de Europa y el mundo, y dentro del mismo reino de Portugal asegurará él, á satisfacción de los caballeros que yo enviaré con creencia mia una legua de Portugal, como yo tambien aseguraré á los que enviare, otra legua de Castilla, á entera é indubitable satisfacción suya; adonde le daré á entender el hecho tan infame que usó, y si no cumpliese con las obligaciones de hijodalgo de sangre, por acabar con esta fantasma por el camino que me queda, si él no se atreve á salir á la batalla, y por parecer él que soy yo y han sido los míos con sus Reyes (al paso que los suyos, traidores), desde

¡Négo ofrezco con licencia de S. M. (Dios le guarde) mi ciudad de Santúcar de Barrameda, asiento principal de los duques de Medinasonía, á quien lo mataré. Y puesto á los Reales piés de S. M., le suplico no me ocupe en esta ocasion en mandar armas por la templanza y prudencia que en muchas ocasiones pide este ejercicio, si no permitirme que por mi persona vaya á servirle con mil caballos míos, para que pudiendo entonces obrar sólo con mi honrado coraje, no solamente sirva para la restauracion de Portugal y castigo de este rebelde, sino que por mi persona y la de mis tropas pueda yo, si no sale á pelear conmigo cuerpo á cuerpo, traer con ellos á sus Reales piés á este hombre muerto ó prisionero; y por no dejar cosa que pueda obrar mi celo, á cualquier Gobernador, Alcaide ó cabo que entregare alguna plaza de la corona de Portugal á la de Castilla que S. M. juzgare ser importante á su servicio, demás de las mercedes que S. M. se sirva de hacerle, le daré uno de los mejores lugares de mi Estado, quedando siempre poco satisiecho de cualquiera demostracion que hiciere, supuesto que cuanto tengo lo debo á S. M. y á sus gloriosos progenitores. En Toledo á veintinueve de Setiembre de mil seiscientos y cuarenta y uno.»

El manifiesto parece declara bien el caso, y arguye que no so forjó para otra cosa sino para hacerlo y darle al mundo, no para otra cosa sino para alimentar sospechas en ingenios, en corazones vivos: fué su ruido de grandísima novedad entre los hombres de juicio, y á tenerle por desatinado y sin prudencia decian, que era más vano que de sustancia para enviar ningún yerro, y que por raro camino y capricho se le deshabia al duque de Medinasonía del entendimiento; so le limitaba torpemente de la capacidad y de manijar armas en servicio de la Majestad, y le querian apcar, ó que no era apropiósito para el generalato de la Andalucía que andaba en su casa, y por otra parte se le exponia á destruírsela con la oferta de los dos mil caballos á su costa. Tuvo el mundo mucho que hablar de esto, que murmurar, y aunquo retención-do por distate, y que arrojaban á aquel caballero á las tem-

pestades y desaires de una nacion libre y atrevida, y tan cerca y á las rayas de sus fronteras. Fijóse el manifiesto, y el Duque pasó á cumplir el desafío al puesto señalado, que más pareció penitencia de culpas que remedio de fracasos. Estúvose allí todo aquel tiempo, sin que por la parte de Portugal se hiciese nada, ántes callaron y mostraron tener juicio á semejantes calumnias, y solamente se dejó correr desde allí para la corte algunas palabras libres, diciendo que en Lisboa no conocian hombre que se llamase Juan Berganza sino un negro que se llamaba así. Cumpliése el tiempo, y de este hecho no hubo otra accion más memorable que mandar detener al Duque en Trujillo y en aquellos lugares, junto á McDellin, sin declaracion de otra cosa. Esto dejaremos ahora en este estado hasta que cierta circunstancia nos lo diga el año que se sigue, y veremos allí su prision y todo con grande dolor y enfermedades mortales de su tío el patriarca de las Indias, por no haber podido reducir esta materia á fin más saludable y más decoroso para la casa. Dieron libertad á la princesa Margarita, porque ella lo pedia para excusar los gastos, y por quitar del Reino la fé y el ardor de algunos verdaderos portugueses que desocaban su restauracion y volveria á la Regencia, y resarcirse de aquel cuidado y sobresalto, estímulo y espuela de todo tirano.

Pero el marqués de la Puebla por ningún caso, por hacerlo padecer y arruinar de las grandes rentas adquiridas, alhajas, preséas y edificios, por miembro de los que nos mandaban y de aquellos que á todos nos habian hecho padecer, pedian por él al hijo del Secretario de Estado, Francisco de Lucena; pero éste, salido de aquí años ántes por desconfianzas en materia de limpieza de manos, y arribado allá con la rebelion al oficio por desfavorocido en Castilla, despues las cosas de Portugal le pusieron en tal despeño, los del Reino y el Berganza, que paró en la borea y hecho cuartos, con que el Alfonso de Lucena no prestó para nada, y le echaron de la cárcel de Madrid, donde habia estado mucho tiempo por celos del padre. La princesa Margarita la mandaron hacer alto en

Mórida, para regir el ejército, por no traerla á la córte á que no delatase las cosas contraidas en el Reino, no cargase á alguno. Hicieron al condestable de Castilla General de él, y al conde de Salvatierra de la caballería, con la manutención de la asistencia de Sevilla, y General de la artillería á D. Luis de Alencastre, tío del duque de Abero; Maese de campo general á D. Juan de Garay, permaneciendo sólo éste, porque todo lo demás paró en dibujo: el Papa admitió los embajadores de Portugal, y hecho por España algunas diligencias para deshacer esto, y que no los admitiese, dió por respuesta que era menester oír las partes, y el marqués de Castel-Rodrigo, de nación portugués, y embajador en aquella córte, siguiéndole siempre las iras del poderoso, y la peregrinación á que le tenía destinado, lo arrojó á la de Alemania, y el marqués de los Vélez sucedió en su lugar, colorando por aquí la falta de providencia que se tuvo con él en lo de Cataluña, juzgándole más apropiado para el Senado que para lo militar. Volviendo con precisión á algunos fragmentos de Cataluña, habiendo informado rigurosamente de los malos alimentos de Tarragona, del sitio, y de haber comido caballo y otras cosas asquerosas, el príncipe de Botera, le rindió muerte, y los catalanes se resolvieron de dar libertad á la duquesa de Cardona y á sus hijos, y á una hermana del marqués de Aytona por los embajadores del Principado y ciudad de Barcelona, determinando la entrega á la vista de Tarragona; y el Mota, por dar y sustentar el ejército, le comenzó á hacer estragos en los lugares de la frontera del reino de Aragón: embistieron á Tamarit, y le robaron, y quiso sin embargo invadir el Condado de Rivagorza, si no se armara la tierra con gentes, armas y contribuciones, con que aquellos vasallos se pusieron en defensa; sin embargo, saquearon á Castellonroy y lo abrasó en parte, y á fin de entrar con intento de pasar adelante, salieron á ellos alguna caballería, que alojaba en Monzon, con que les hicieron dejar la presa. El marqués de la Hinojosa, con la muerte del príncipe de Botera, dió la obediencia al marqués de Torrecusa, y á su ejemplo todo el ejército: quisieron poner

allí al duque de Maqueda, pero esto no tuvo efecto, porque los disentimientos que habia de él en materia de la armada, querían arrastrarlo al juicio de la córte, mas él se disculpaba que aunque de mala gana habia cumplido con las órdenes que le habian dado, y estado á las del marqués de Villafranca. Hallábase Perpiñan apretado y falto de bastimentos y municiones, y como por una parte tenía la dificultad y aspreza de los Pirineos para haberlos, y la Francia, y por acá todo el Rosellon ocupado de franceses y catalanes enemigos, estaba en perpétuo riesgo y perplejidad, y por el mismo consiguiente el castillo de Salsas y como si á desalojarlo; por lo cual, y para su desembarazo, se envió por mar al marqués de Torrelata, y los franceses dieron vista á nuestra gente, que estaba en Monzon en número de cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos á cargo de Vicencio Lamarra, italiano, y otros cabos, entendiendo queríamos pasar á Lérida y ponerla en obediencia. Mandóse ir al marqués de Leganés á Tarragona á gobernar aquella guerra y aquel ejército, y él lo oyó no de buena gana, y excusándose con achaques y áun otras flaquezas que no refiero, por no ser naturales ni legítimas al valor de soldado, diciendo que le habian concedido á manos llenas el dinero y no se lo dejaban gozar; recobraronse algunos lugares de la frontera, como Almenara y otros: investigando siempre la hacienda de los vasallos de Casilla, concedió el Reino nueve millones, buscando los arbitrios más pesados que podian ser, de bajo de nombre de guerra, queriendo echarlos sobre las casas, censos y tierras para sacarlos, y consumirlos todo. El marqués de la Hinojosa recobró de los enemigos á Saló, en la ribera de la mar, cerca de Tarragona. Mandóse sellar en Casilla la demas moneda de vellon, con que todo se metió á más confusión y ruina de comercios, y á vender las cosas á más dísimos precios, y á subir el premio de la plata á lo que no se podia imaginar. En Perpiñan el marqués de Mortara tuvo algunos encuentros afortunados con los franceses, donde se hicieron algunas presas de consideracion; y el marqués de Torrecusa

llegó á Colibre con los navios, y la gente saltó en tierra, y dispuso con brevedad hacer el socorro á las dos plazas, donde no dejó de hallar opósito y dificultades en los enemigos y en la tierra, y en algunos pasos de rios, donde le fué forzoso vencer con el valor y pelear por más de seis veces. Al fin las socorrió, y metió el trigo en Perpiñan y todo lo demas que llevaba, cosa que se sintió mucho en toda la tierra, particularmente en Barcelona, por donde se alcanzó á saber con brevedad en la corte de Castilla. Hubo en Cataluña otros reencuentros y trances, que por no ser de memoria los excuso: despues fué introducido D. Pedro de Aragon, marqués de Pinar, en el manejo de las armas de Tarragona, juntamente con el marqués de la Hinojosa, á cuyo cargo estaba todo; murmurándose entre los cabos y soldados viejos que la milicia de Cataluña la mandaban bisoños, porque Leganés aún no habia ido, retardando su jornada cuanto pudo, más amigo de los haberes y homenajes de su casa que de las balas ni de los estruendos de Marte.

Súpose despues que el arzobispo de Bardos habia pedido cuatrocientos mil escudos á la ciudad de Barcelona para refuerzo y necesidades de la armada y paga de sueldos de soldados, y que fué respondido con aquella aspreza de condicion suya que no los tenian, dándole por vejacion y por cargo, que los progresos de este año no habian sido á su satisfaccion, que el rey de Francia habia ofrecido echar el ejército del rey de España del Principado en todo Mayo de este año y que no lo habia hecho, ántes que habian sido echadas sus gentes de Tarragona y otras partes, y las armadas de mar, así de galeras como de navios, arrojadas del Mediterráneo por las de Castilla, y tanto de mayor ignominia, quanto apretados aquellos de la hambre y de la necesidad, no les habia sido de más sustento á la vida que seis onzas de bizcocho, una de aceite y cuatro de caballo, quando á ellos no les habia faltado nada, ántes sobrándoles cuanto habian menester; y sin embargo habiamos prevalecido contra todos sus aprestos y armas, habiéndolo muerto nosotros de nuestros caballos, para comer, más de

seiscientos; y á este fin, y para proseguir que no pereziesen en el cerco, les habian llegado de Madrid otros tantos para volver á matarlos, que esto sólo habia podido acabar aquella guerra y deshacer aquel ejército, y que nada se habia hecho, ántes arraigándose más en el corazon de la provincia. Vióse por estos dias el embajador de Portugal en Barcelona á procurar llevar adelante aquella diferencia y rebelion, para excusar la suya y mantenerse á la sombra de aquellos; materia de estado de traidores. D. Luis de Haro, despues de haber visitado en sus casas al duque de Lerma y Cardona, al marqués de Priego y al duque de Arcos, volvió á Madrid, disimulando su jornada y para lo que habia ido.

En ambas Germanias tenia oprimido el peso de la guerra á todos sus Príncipes de manera, que se buscaban medios para resarcir y echar de sí tan grave carga, y publicaron querer juntarse el Emperador y los Electores en una Dieta para venir á la paz y castigar los transgresores de ella y los que pervierten el sosiego y el estado público. Los enemigos y adversarios de esta virtud se armaban para contradecirla, consolidados como siempre de las asistencias de Francia y de todos los demas de la parcialidad protestante; de suerte que todos conducian sus armas, y el fuego de la desolacion se alimentaba en el corazon de los malos. El infante D. Fernando podia dineros y ban sus tropas y guarniciones para proseguir en los sitios de plazas, que mas y talas de casares y villajes abiertos, y si bien en la frontera y provincia de Campaña habia algunos señores mal contentos y poco afectos al Richelieu y á su Gobierno y querian hacer demostraciones de su fé para con el Rey, todo se remitia á las armas, á los derramamientos de sangre, á buscar ligas en Alemania, en el infante D. Fernando, en Inglaterra y en Dinamarca, con ingenio, con solicitud y con cuidado, con aparejos de todas partes; pero el Richelieu, cuanto quiera que nos veia solícitos á buscar alguna diversion, en las acometidas de Flándes, y que queriamos volverle la guerra á su casa y á metérsela por sus puertas, en recompensa de tan

pesados hechos, todo lo libró, y la seguridad de la Francia y destrozó de los mal contentos, en el golpe de una pistola que lo ejecutó, como sagaz y sanguinolento destructor de la nobleza y claros varones de aquel Reino; no obstante pudo acomodar á su partido por seiscientos mil florines á Carlos, duque de Lorena, y atraer sus tropas para juntarlas con las suyas, sacándolas del Rey, digo, del País-Bajo, y de la devoción del Rey Católico; cosa que causó admiración en todas aquellas partes que un Príncipe de tan gran cabeza faltase á la constancia de las obligaciones que debía á la casa de Austria. Fué de algun perjuicio esta desunion para las cosas de Flándes, porque llevó tras sí más de seis mil hombres y los juntó con la gente de Francia. Nuestra falta de fortuna y quiebra de reputación hacía mudar los auxiliares de sus primeras intenciones y acomodarse con los mismos que los habían destruido y quitado los Estados. Juntáronse el Emperador y los Electores del Sacro Imperio en Ratisbona á tratar de las cosas de la paz y á oír las dependencias de los príncipes de la Europa, y á investigar las causas de la guerra para mediarlas, á que acudieron Embajadores de todas partes: estaban los herejes protestantes muy soberbios, introduciendo prácticas y peticiones para no dejar llegar las cosas al estado que se pretendía, por el calor que los daba con su ejército el Vanier, Capitan general de las gentes de Suecia, temiendo, digo, teniendo rodeados con sus tropas todos aquellos cantones de herejes y mal contentos, si bien él estaba á ocho leguas de Ratisbona con su grueso en Cam; pero las correrías suyas llegaban hasta las fortificaciones imperiales, llevándose las centinelas: atrevimiento que hizo entre algunos Ministros, entre el Emperador y Elector, duque de Baviera, juntar sus gentes para rebatir la insolencia de este enemigo y dar de improviso sobre sus cuarteles. En resolución: por más que la quiso cubrir el secreto, se supo un mes antes, con que se dieron prisa á juntar las armas, si bien por el rigor del tiempo, frío y helado, se interpusieron algunas dificultades; pero viéndose ya nuestras tropas á seis leguas de Ratisbona, y que no lo podían ignorar

los enemigos, se dieron, de confiados, á esperarlas, creyendo y diciendo ellos, no dando crédito á nada, que solo serían tropas de Baviera, de las cuales no se recelaban. Ultimamente les ayudó á este empeño la estratagemá de hacer un puente hácia Extraorvinguen, seis leguas de Ratisbona, el Danubio abajo, publicando era para pasar el ejército del Elector; pero las tropas suyas y del Emperador lo hicieron por otro viaje y por un puente de barcas que se hizo con toda brevedad y á deshora, y se pusieron á una legua de Ratisbona, valiéndose para la marcha de la noche, y apareció casi junta de repente la caballería de ambos ejércitos, siguiéndole el archiduque Leopoldo, hermano del Emperador, con la infantería y la artillería; y si bien estaba dispuesto que á cierto tiempo y hora arribasen el conde Picolomini con la del Emperador, y el baron de Gleen con la de Baviera, para coger desapercibidos á los enemigos del Imperio, llegó Picolomini antes que el otro, y siendo sentido, y queriéndose juntar los dos Generales de la nacion protestante que estaban alojados en diferentes puestos, se atravesó Picolomini, cortando al Slang, con que á Vanier le fué forzado salir á toda prisa de la ciudad de Cam, dejando mucho bagaje y municiones, marchando á toda prisa por ver si podía socorrer al Slang, que le pareció era imposible, y que la diligencia del gran Picolomini se le llevaba de vuelo y entre las uñas, para deshacerlo. Llegó el día siguiente el Gleen, dando caza á Vanier, que solo le llevaba día y medio de ventaja, ayudándole Picolomini con parto de su caballería, y quedándose con el cuerpo principal á aguardar al Slang, que no teniendo fuerzas para pelear con tanto grueso como el imperial, y ménos escaparse como lo intentó, tomó por arbitrio meterse en Neuburg del Bosque, plaza suya, juzgando le dejarían por embestir al Vanier, como caudillo principal y cabo de una nacion aborrecible por sus maldades y desolaciones á todo el círculo del Imperio. Pero este discurso le salió en vano, porque llegando ya la infantería y artillería con la persona del archiduque Leopoldo, le apretaron de suerte en esta plaza y tan aprisa, por no perder la otra presa, que asaltando

los imperiales la ciudadela, en que se perdieron cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, por haber respondido Slang al Archiduque, que le hizo preguntar si quería rendirse, quería morir ántes en la defensa como soldado; al fin, aprendiendo vivamente la batería, se rindió á discrecion y á las levas del vencedor; con que le tomaron prisionero al Slang, General de la caballería de Suecia, al marqués de Durlac, Príncipe del Imperio, cuñado del Vanier, tres coronelos, y más de ciento y treinta oficiales, capitanes y sargentos mayores, treinta y dos banderas y mil y seiscientos caballos, corrazas infantiles quinientos, y cuatrocientos croatas huidos ántes, ó el año pasado, del servicio del Emperador, todo el bagaje que allí tenían, y más dos mil caballos de forraje y de carros. No pareciendo perder ocasion, ántes lograr el tiempo en lo que quedaba, mandó el Archiduque montar en estos últimos dos mil caballos dos mil mosqueteros, que á toda prisa y á cargo de coronel de reputacion, fuesen en busca y en socorro del Gleen, General del duque de Baviera, que pedía mil infantiles, diciendo que á haberlos llevado hubiciera preso al Vanier y á su mujer, hermana del marqués de Durlac, pero que le habia ya tomado parte del bagaje y muértote parte de la gente que se le iba quedando por el camino cansada, y que la otra se le huía á los bosques, y que si llegase á tiempo alguna infantería le cortaría los pasos; con que habiendo partido Vanier de Cam á diez y ocho de Marzo, la vuelta de Egra, lugar situado en la Bohemia, sepulcro de la traicion de Friesland, buscando algun sagrado donde acogerse, no teniendo ninguno por seguro, le siguió Gleen desde diez y nueve, y la faccion de Neuburg fué á veinte, marchando luégo Picolomini y Leopoldo con todo el ejército de su hermano en alcance de Vanier, enviando al mismo tiempo á Ratisbona todos los prisioneros, que entraron rendidos y por triunfo de los soldados imperiales, á que salió con mucha alegría todo el concurso de la ciudad. Propusieron al Emperador el castigo de los cuatrocientos croatas rebeldes, quién decía habian de ser degollados; pero la humanidad de aquel Príncipe, enemigo de

verter sangre humana, los mandó entregar á D. Francisco Melo, plenipotenciario del Rey Católico en Ratisbona, asistiendo con el marqués de Castel-Rodrigo, embajador de España para las materias y direccion de la Dieta, y que los enviase por forzados de la escuadra de las galeras de Génova que paga S. M.

Quejábase Vanier de los Ministros franceses, que le empuñaron tan adentro en órden á divertir los progresos de la Dieta con grandes promesas de dinero y de gente, subiéndola por el Palatinado de Baviera para que hiciesen diversion y entretuyesen la gente del Elector, y que con esto pudiese Vanier tentar la ocupacion de Ratisbona; empresa que, faltando la asistencia de las armas del Bávavo, no serian bastantes á impedirse la fuerza sola del Emperador; y habiendo dias ántes comenzado á entrar algunas tropas francesas hasta el Vitemberg, á cuyo opósito se envió de la faccion cesárea al coronel D. Jacinto de Vera con cuatro regimientos, despues se supo que los franceses no pasaron adelante en apoyo de los coligados, y que algunos se retiraron á los presidios de la Alsacia, y otros dijeron que iban llamados á Francia para consolidar la rebelion de Portugal, porque este año querian ayudar al Berganza á su defensa por el ejército que habemos escrito puso el Rey Católico en las fronteras, pero aquella frontera, digo victoria, no dió lugar á ningun socorro. Pensóse por la misma causa sacar algun buen efecto de este suceso, pero todo salió vano y de ningun provecho. Dijo que el Archiduque habia ballado en la recámara del Slang ciento y cincuenta mil zequios, que hacen en nuestra España valor de trescientos mil escudos, que repartió entre los soldados; y decíase que el Gleen habia tomado ciento y treinta carros de bagaje, cinco piezas de artillería y un convoy principal, y que tuvo cortado á Vanier para que no pasase el aviso. Volvió el Archiduque con Picolomini á Ratisbona, y fueron recibidos con apiauso singular: mandó el Emperador conducir en barcas por el Danubio á las plazas de Hungría los prisioneros: en Franconia, Gil de Aix, sargento general de batalla del



Emperador, habia dado sobre un cuartel del coronel Rosa, que andaba en la faccion francesa y debajo de la conducta del general Tubal, reliquias que quedaron de Veymar, con seiscientos caballos de sus levass, derrotádole mil y degolládole trescientos, sin querer dar cuartel á ninguno, diciendo que estos enemigos tendria ménos el César: diósele órden á Gil de Aix para reforzarse de los presidios de aquella provincia, y que la tuviese enfrenada y en obediencia. Derrotó el baron de Gleen dos mil caballos del Vanier, teniéndolo apretado y sin dejarle obrar, esperando infanteria para prenderlo; pero el número de los prisioneros será necesario volver á hacer relación de ellos. Fué preso el general Slang, cuatro coroneles, diez y ocho capitanes de dragones, dos sargentos mayores, dos tenientes coroneles, dos tenientes de capitanes, veinticuatro tenientes de infanteria, veintisiete alféreces de caballos, treinta y tres cuartel mayores de regimientos, sesenta y tres sargentos, ochenta y seis caporales, dos mil soldados, seis oficiales de viveres, cuatro camaradas de Vanier, once vivanderos, cinco mil caballos de bagaje y soldados, con gran número de muertos que no se pueden referir por ser muchos; todo de grande gloria para aquella nacion y aquella silla. No fué de menor grandeza la que á esta hora alcanzaron del general Chaulillon los señores de la Francia, si bien de poca fortuna por la muerte del más relevante de aquella faccion, y siguiéndolo los franceses el curso de guerrear en el País-Bajo, situaron á Herc; pero el infante D. Fernando, juntando el ejército, montó en campaña, dando la mano á los unos y á los otros, procurando defender y dar socorro á tan importante plaza, y asistencia de armas y dineros á aquellos señores, determinados de hacer una diversion entre el País-Bajo que doliese al tirano y al opresor de ella, padeciendo en todas partes de esta calamidad y miseria.

Desearon algunos señores franceses insinuar al Rey Cristianísimo la cadena en que el Cardenal duque de Richelieu tenia la Francia, y entre otras atrocidades desterrada la nobleza y cautiva la justicia, con cuyo pretexto se retiraron á

Sedan, de quien era el señor soberano el duque de Bullon; desde donde procuraron hacer todos los oficios debidos á su sangre para que el Rey los asegurase de los designios del Cardenal; pero viendo que sus quejas eran vanas y sus oficios inútiles, y que se solicitaba con toda violencia su prision y muerte, y juntamente se trazaba de desarraigarlos de aquella plaza y frontera, perjudicial á los intentos de la Francia, y deshacer al Rey Católico y al Ministro de la esperanza en que habian entrado de poder hacer diversion y prorumpir las glorias de la nacion, trataron de defenderla y defenderse con las asistencias que habian alcanzado. En esta manera, juntos, y acantonados en Sedan, Luis de Borbon, conde de Soisons y de Lermon, Par y Mayordomo mayor de Francia, Principe de la sangre, hermano de la princesa de Carignano, mujer del príncipe Tomás, á quien habian hecho cabeza y dar título aquella gente de los Príncipes de la Paz; y segua Carlos de Lorena, duque de Aguisa, príncipe de Joinville, conde de Eu, soberano de Craste au Rencur, almirante de los mares de Levante, y Carlos Roberto de la Marca, duque de Bullon, señor de Sedan, de Tamets y Rancoart, conde de Brenne, y otros señores de la mayor clase de la Francia. Por causas que les movió á ello, y por felonias del Privado tomaron las armas para rebatir las injurias y desaguisados del imperioso. Habia entrado ésto en aborrecimiento y odio con el conde de Soisons despues que le encargó el paso de la Soma para que no le penetrase el infante D. Fernando, cuando corrió con el ejército á invadir la Francia: quién dice que por no haber querido admitir al matrimonio á la Combalet, sobrina del Richelieu. Comun era la digresion de este hombre con todos aquellos señores sobre no querer ninguno á esta mujer; y todos vivian amenazados hasta no perdonar al Monsieur, hermano de su Rey, sobre quien tuvo sus peleas, y querer deshacerlo del matrimonio justo de madama de Lorena. Celaba tambien el Richelieu al príncipe Tomás mandar las armas en Flándes y en Italia, y que su hermana y sobrinos estuviesen en España y hospedados tan altamente en el Palacio del Rey Católico.

Antes de entrar en la batalla y á referirla, será bien que sigamos sus descargos, que se contenian en este manifiesto.

Habiéndose considerado para tratar de la paz general, y en particular la del reino de Francia, declaraban primero, que el celo que tenían del servicio del Rey Cristianísimo y el bien de sus Estados, les obligaba á valerse del solo remedio que las violencias y artificios del cardenal de Richelieu les habia dejado para dar á entender á S. M. Cristianísima el modo de proceder que tiene en la disposición de las materias; y así, para que nadie dudase de la sinceridad de sus buenas intenciones, protestaban, sin tener consideración á sus intereses propios, ni resentimiento de las injurias que han recibido, que el único fin y principal es la gloria del Rey y el reposo de su Reino, y restituir las cosas en su ser antiguo y hacer establecer las leyes que están revocadas y destruidas, y las inmundades, derechos y privilegios de las provincias, ciudades y personas particulares que están violadas; las órdenes on los Consejos, en la Guerra y en la Hacienda que están pervertidas, y procurar la libertad de aquellos á quien sólo la opresion tiene prisioneros; alzar el destierro á los desterrados, la restitucion de los bienes y oficios de los confiscados y despoñidos, el honor á los infamados, el respeto á los eclesiásticos y nobles, la dignidad á los Parlamentos, las riquezas al comercio, el descargo al pobre pueblo, la buena inteligencia con los extranjeros y de granjear la paz á todos. Por estas causas decian haber tomado el expediente, que juzgaban ser conveniente, que era confederarse con los vecinos descosos de la paz, la cual no podia ser segura no siendo honrosa y alcanzada del Emperador y del Rey Católico de España; las seguridades todas que podian socogar el ánimo del más escrupuloso francés, como mostraron en tiempo y lugar por los tratados, y sobre todo por los efectos; por lo cual si alguno se opusiese por armas, consejo ó en otra manera á este justo designio, seria tratado como enemigo del Rey Cristianísimo y del Reino, y los que quisiesen vivir en paz quedarían quietos, y todas las provincias, ciudades y personas que se juntasen con ellos re-

cibirian con la mudanza, que esperaban de Dios y del Rey Cristianísimo, la asistencia que lo prometian, protestando no dejar jamás las armas hasta que á cada cual se le diese lo que le tocaba y pertenecía. Publicada esta protesta, comenzaron á prevenirse para la defensa, para la guerra y para el sitio que los amenazaba.

A esta hora, el Mariscal de Chatillon con su ejército dió vista á aquellos confines, habiendo tenido inteligencias que traia órden expresa del cardenal Richelieu de batir y tomar el castillo de Bullon y echar la circunvalacion á Sedan, y por cartas que interceptaron, donde se manifestaban los descos de su ruina: dejóse ver Chatillon, habiendo salido de Remilly, donde estaba acuartelado, con tres mil infantes y dos mil y quinientos caballos y ocho piezas de artillería, y discurriendo por la campaña, se avanzó la vuelta de Sedan á lo largo de la ribera de la Mosa, y atacando algunas tropas que lo salieron al opósito para estorbar sus aproches, hizo disparar algunos tiros contra la plaza. Viendo aquellos señores la rotura manifiesta del Richelieu, comenzada por Chatillon, salieron á la campaña á proponer una justa defensa al mundo y á los Príncipes vecinos: salieron de Sedan á seis de Julio de este año con sus tropas á la mitad de aquel dia, habiéndose juntado con las del baron de Lamboy, alemán; hicieron frente de banderas y batalla á vista del ejército de Chatillon, y habiendo primero entre todos acuerdo y consejo sobre lo que habian de hacer, resolvieron de pelear, no obstante que fallaban algunos regimientos alemanes. Volvió la casaca el duque de Lorena, y se pasó á Flándes con sus tropas y al auxilio del infante D. Fernando, todavía causado del proceder injusto de los franceses; pero apenas llegó á los contornos de Avelia, cuando tornó á arrepentirse y cedió de lo comenzado. El duque de Guisa no estaba en el campo, y apenas se tomó esta resolución, cuando el enemigo comenzó á retirarse en buena órden, fué de parecer el duque de Bullon que se le dejase obrar su designio hasta que se perdiese de vista: echósele la artillería, digo infantería, que le cortase, y

el Duque con la caballería marchó por otro lado á lo mismo: la infantería cumplió tan bien con lo que le tocó y estuvo á su cargo, que atacó al enemigo vivamente, aunque le halló en puesto ventajoso, que siendo retaguardado del regimiento de dragones del baron de Zelle, desacomodó tanto á los franceses, que fué causa que toda la caballería enemiga viniese á atacar su regimiento, mas resistióla valerosamente aunque con alguna pérdida; el conde de Soisons, que estaba cerca, con la compañía de su guarda, se avanzó, y deteniéndose un poco, y alzando la visera para reconocer lo que pasaba, uno de su guarda, pagado por el Richelieu, le arrojó la pistola debajo del ojo derecho que le trastornó muerto del caballo. Los suyos, con advertencia, aunque en tanto dolor, por no desmayar los que peleaban, cubrieron el cuerpo y avisaron con secreto esta desdicha al duque de Bullon, que animado con el coraje que suele dar la pena, cerró con toda su caballería por un costado con la de los enemigos, y con tal aliento, que la rompió toda y la forzó á retirarse al abrigo de la infantería, y la puso en tal desórden, que en ménos de una hora quedó enteramente deshecha, muertos y prisioneros, perdida la artillería y bagaje y el dinero en plata y oro destinado para la paga del ejército. Murieron personas de cucuta de los franceses, como el marqués de Praslin, General de la caballería y Maestro de campo general; el marqués de User, Coronel de infantería; el marqués de Tinteville, Coronel de caballería; el marqués de Scinzi, Coronel del regimiento del Piamonte; el marqués de Brovilli Mozo, Coronel de caballería y Sargento mayor del regimiento infantería de su padre; el conde de Chalanzo, Maestro de campo general; el marqués de la Fuerllade, Coronel de infantería y ayuda de campo, digo, el conde de Ruysellon, Coronel de infantería y ayuda de campo; el vizconde Lignon, Coronel de caballería; el baron de Luyoes, del mismo oficio; el baron de Lena, tambien del mismo cargo; el baron de Courcelles, Teniente general de la artillería; Mos de Estralz, Coronel de caballería, y Mos de Cralt, Lugarteniente coronel del regimiento del Piamonte. Los que quedaron prisioneros fueron:

el marqués de Roquelange, Coronel de caballería y herido mortalmente; el marqués de Persan, Coronel de infantería, tambien herido; Mos de Quello, Teniente de coronel de Mos de Andelot; marqués de Rause, hijo del general Chatillon; Mos de Nettancourtwiller, Coronel de infantería; Mos de Calgret, Coronel de infantería; el Teniente coronel del conde de Bousirabatin, que gobernaba el regimiento en ausencia de su Coronel. Quedaron entre los presos sesenta y ocho capitanes de infantería y caballería, sesenta y cinco tenientes, cincuenta y siete alféreces, ochenta sargontos, caballeros voluntarios, oficiales menores, y soldados simples cuatro mil y seisientos, doce banderas que se hallaron en la infantería, y aunque do ella no escapó persona, no se tomó más, porque no traian más de una bandera en cada batallon; y seis de ellas y tres estandartes se presentaron á Su Alteza Real el Cardenal Infante, con que se adornó el maravilloso templo del Santísimo Sacramento del Milagro, y tambien con la banda del mariscal Chatillon, que era de valor, y la arrojó por huir desconocido, y que se colgó delante del altar de Nuestra Señora de Bolduque. Ganáronse siete piezas de artillería, cuatro de medio cañon, y tres de cuartos de cañon, que era todo lo que el general Chatillon traia, habiendo enviado antes las tres más gruesas piezas á Retel; y en fin, se cogió universalmente todo el bagaje con las municiones en la batalla, y en el alcance pasados de cuatro mil hombres; pereció toda la infantería, y de la caballería no escaparon seisientos. De la parte de la Liga no murió otra persona de consideracion sino el Teniente coronel del regimiento de Meterneq y trescientos soldados ordinarios; y siguiendo la Liga esta victoria, sitiaron y ganaron á Doncheri y Retel, y penetraron hasta Rheins con resolucion de pasar más adentro de la Francia, en venganza de la muerte del conde de Soisons, muerto por un soldado suyo, como ya lo habemos referido, y sobornado por sus enemigos para cometer tan cruelísimo asesinato, como fué reconocido por Richemonte, su caballerizo, que prendió al cómplice. Fué sin duda su pérdida de grande consecuencia por haberse extendido en él una brecha

de la Casa Real de Borbon y rama de la de Condé. Era Príncipe amabilísimo, hermoso, perfecto y dotado de infinitas gracias y partes naturales; no se le conoció vicio, y respaldaban en él muchas virtudes, la de hombre de bien y observador de su fé y palabra, valiente sin metafísica: era hijo de Carlos II de Borbon, conde de Soissons, Mayordomo de Francia, Gobernador de la Normandía y Delfinado, y de su mujer Ana de Montafé, rica heredera, señora de Montafé de Boncortable y de Liore y otros grandes Estados, nieto de Luis III de Borbon, príncipe de Condé, duque de Anguren, marqués de Conti, conde de Soissons, de Ansi y de Valeri, y de su segunda mujer Francisca de Orleans, de la casa de Longaville, y en esta consecuencia era nieto décimo por varon de San Luis, rey de Francia y Príncipe de la sangre Real, y pretensor de ser el primero y más inmediato á la Corona: no dejó hijos, ni hermanos varones; vivieronle sólo dos hermanas, madama Luisa de Borbon, que casó con Enrique de Orleans, segundo de aquel nombre, duque de Longaville, y Maria de Borbon, mujer del príncipe Tomás de Saboya: nació en París á once de Mayo de mil y seiscientos y cuatro; murió de treinta y siete años y dos meses: poseía ciento y cincuenta mil florines de beneficios; el oficio de Mayordomo mayor le valia cincuenta mil; los dos gobiernos del Delfinado y Champagne sesenta mil y cuarenta mil de pensiones; Madama la Condessa, su madre, ciento y cincuenta mil de renta en tierras sin sus pensiones: de suerte que gozaba esta casa seiscientos mil florines de renta, que todo se perdió, y el Estado de Soissons recayó en la casa del príncipe de Condé, quedando sin competidor, único Príncipe de la sangre. Perdió el Richelieu un bravo émulo de sus acciones, irreconciliable por lo referido y no haber querido casar con la Combalet. Hicieronle en Bruselas públicamente y en la capilla Real sus honras, celebrando el Oficio Divino el obispo de Amberes, con asistencia de la nobleza de Flandes. Merece éste y otros muchos encomios quien supo arrastrarse por la verdad, y libertad de la patria, sin rendirse á la lisonja ni la vanidad que levantan los tiempos y la for-

tuna; y porque hubo un verdadero francés que no engañó las protecciones de España, fué, si bien de gloria esta victoria para toda la Monarquía y para todos los Príncipes afectos á la Casa de Austria, pero de sentimiento su pérdida y su muerte. Croyóse que se habia levantado allí un bravo torcedor para los designios de Francia, y que lo seria de estrago y desolación á sus provincias y pueblos, y que seria una diversion y desmpeño de las usurpaciones del Pais-Bajo, ruina del Ministro de la Francia; pero su muerte lo anubló y desbarató todo, y el Richelieu tuvo maña para componerlo y dar satisfacción á los agraviados; con que aquel ingenio, trazas y ligazón no prevaleció, como le sucede á todas vuestras materias, é insinúa á la prudencia más cabal y envejecida no entrar más en tratados con franceses, ni perder más tiempo, gentes y dineros de los perdidos, cuando la capacidad de un Rey tan grande como la de D. Felipe II no pudo salir con su intento, gustando tantos tesoros y teniendo tantos ejércitos dentro de aquel Reino, y sus banderas en Paris, y á su mandar todo lo mejor, más ilustre y católico de los señores de Francia. Sintió el Rey y todos nuestros Ministros, y fué con luto á visitar á la princesa de Carignano, hermana del conde de Soissons y á darle el pésame de su muerte.

Volvieron de Lóndres el marqués de Velada y el conde Virgilio Malvezi, italiano bolonés, vasallo del Papa, grande cronista de adulaciones y de fábulas, que se le dieron por acompañado al Marqués, como si en nuestra España faltaran hombres de saber y de prudencia; pero era favorecido y premiado por lisonjero: bien creo que no disculparán sus libros. Volvieron, como dije, de la corte de Lóndres, sin poder hacer nada allí en la contradicción de la segunda hija del Rey con el primogénito del príncipe de Orange, contratar el casamiento de la primera con el Príncipe de España. Pero yo entiendo que con esta máscara se quería impedir aquel, por no dar tanta gloria al rebelde y no hacer éste, y si no me engaño era para meterle en la Liga de los señores de Francia, que habiendo tenido el fin referido no se trató más de ello, y el casa-

miento pasó adelante. Las revueltas de aquel Reino no paraban, teniendo siempre en campaña, así contra ingleses como contra escoceses, al Rey. Cortaron la cabeza al conde de Escocia, aficionado á las cosas de España, prevaleciendo contra la potencia del inglés aquel Parlamento. Los protestantes de Alemania, suecos y franceses, que sin embargo de la rota pasada y muerte de Vanier, de dolor y enfermedad del suceso, volvieron á armarse para proseguir las mismas inquietudes y desolaciones del Imperio y de aquel Estado, con tanto más brío y calor que entónces, cuanto los movia el poderoso de la Francia, para que no pasase adelante el celo de los Electores en sossegar y poner en concordia y tranquilidad el orbe. Introdujeron en estos dias en Flándes, no sin misterio, á D. Francisco de Melo, para asistir con curiosidad á las acciones del Infante, porque no escapase ninguno que no fuese celado y constreñido al registro del desconfiado, que en cada parte temia no se le cayese á alguno el cuchillo de la mano que le alcanzase, y al fin le alcanzó de quien ménos se recataba, y como se viera, de que jamás se vió mejor ni más verdadero Príncipe, si le inquirieran ó desmenuzaran el corazon, en cada parte se hallara la imágen viva de su hermano; pero estábamos ya, por nuestra desdicha, todos, así grandes como pequeños, dados á esta miseria. Perdióse Herc á vintiseis de Julio, no pudiendo defenderse más por las grandes brechas por donde subieron los franceses, y no haber quedado más de ochocientos hombres dentro de tomar armas; salieron con los conciertos ordinarios, bala en boca, mecha encendida, banderas desplegadas, tocando caja, y dos piezas de artillería y un mortero y bagaje, concediendo siempre á los burgueses de poder salir de la villa, aunque limitado. Perdióse Jenept por las armas holandesas, y fortificado, vuelve al país obediente, con ánimo de tentar la Filipina ó el paso de Gante, para cuyo movimiento y defensa se arma Cantelmo; pero los intentos del Orange no pasaron más adelante. Fué de grande ruido en toda la Francia y en París el socorro que el Rey Católico hizo en Tarragona. El infante D. Fernando, herido de la pérdida

de Herc, con la gente y tropas que tenia, revolvió sobre ella con ánimo de recuperarla, encargando su asistencia al Mause de campo general, el baron de Vec; y estando no lejos de sus murallas, pérdida la mayor que se deja considerar si la supiésemos sentir, á trece de Julio partió Su Alteza de Morbec con el ejército, y fué á dormir á Betaña, y se acuartelaron las tropas á un cuarto de hora de la villa; y á dos de Agosto se incorporó Lamboy con Su Alteza en el lugar pasado Baquero: á tres de Agosto hizo noche el ejército en el lugar de Chies; el mismo dia envió Su Alteza al conde de Fucusaldaña á ablocar la villa de Libieres, que se rindió, saliendo de la villa trescientos y cincuenta franceses con baquetas en las manos, y los oficiales con espadas, excepto los de á caballo, á quien se les permitieron sus caballos en poco más ó ménos número de sesenta, que todos fueron encaminados á Edin. Con esto el Infante se arriñó á las fortificaciones del enemigo sobre Herc, y habiendo tomado puesto con ánimo generoso de rendirla y recuperarla, el enemigo no pareció siuo con algunas tropillas de caballos, que fueron acometidas por los dragones de Lamboy, á quien hacian espaldas algunas coruzas del mismo. Acuartelóse Su Alteza en el lugar de Litre, y teniendo aviso que venia el gran convoy del enemigo, que se componia de seis mil carretas, y acompañado de nueve mil hombres de guerra por el viaje de Terruana, determinó pasar allá con el ejército, y dejando á Litre, no tan presto hubo pasado una pequeña ribera, adelantándose los batidores, toparon á los franceses: picaron en nuestro bagaje, tomándonos seis carros de vivanderos; pero nuestra gente, embistiendo, desbalió otros tantos. Este desorden procedió por haber nuestra retaguardia apresurádose á pasar la pequeña ribera más arriba por donde pasaba el bagaje, pensando estaba ya de nuestra parte, con que obligó á Su Alteza á hacer rostro al enemigo, tirándose algunos cañonazos de ambas partes, y se acuarteló en Botalla, en la campaña cerca de Quemí, y consiguientemente marchó cerca de Terruana y se acuarteló algo más arriba de la Lisa. Aquí tuvo aviso que el gran convoy francés habia vuelto atrás,

retirándose á Edin, y que Lamillere con su ejército desamparaba la villa de Here; arriñósele Su Alteza, retirándose hácia Arras por falta de víveres, do que se hallaba fallidísimo; con que Su Alteza determinó de irle á buscar con intento de combatirle, que no tuvo efecto por la dificultad de los puestos, parando todo en tirarse con la artillería de ambas partes, poniéndose en la retirada el enemigo con la oscuridad y á la sombra de la noche, dejando el campo á Su Alteza, y tomando la otra parte de la Lisa, hácia Terruana, pasando el río en la misma villa de Here: arriñósele Su Alteza, reconocióla, y eligió los puestos para cerrarla, y comenzó á apretarla recíprocamente. Hallábase los franceses sin bastimentos y con no poca desesperación de haberlos, y tomaron, para conservarse, y por arbitrio, echar los burgueses fuera, pasando los más días con solo pan y agua. A esta hora, y en este trance, parece amenazó el cielo á la Monarquía, quitando la mayor prenda sobre que fundaba todas sus esperanzas. A cuatro de Agosto, adoleció el infante D. Fernando en un villaje abierto sobre Here, comenzando por unos gravísimos desmayos, poniendo en cuidado á los Países, al ejército y á sus criados, tan desahogado de gente en aquella parte, que porque no sucediese mayor accidente, ó avenida de enemigos, los que le asistían hicieron llamar dos mil caballos. Pasó á Cortray, y mejorando allí, vivieron todos los franceses con todo su grueso á socorrer la plaza, y desconfiados por su aprieto pasaron á Bapama, y comenzó D. Francisco de Melo, por aliento del poderoso, á erguir el cuello y á gobernar armas en Flandes, como si por largo tiempo hubiera militado en ella y bebido toda la prudencia, experiencia y consejo del conde de Fuentes. Publicaron los franceses con este achaque que el Infante era muerto, para meter en solevacion los Países, y que sus criados lo encubrian: pasó á Bruselas con la pérdida de Bapama, y la enfermedad procedió en unas tercianas maliciosas, que después se convirtieron en cuartanas; con que se fué agravando el mal á calenturas continuas, en que le tuvieron oprimido ochenta y ocho días. Volvió los ojos como Principe religioso

á disponer las cosas de su alma, á la Reina de los Angeles y á los Santos: trajeron á su cama la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Bolduque, muy célebre en los Países-Bajos, y al entrar por la puerta la recibió con aquel himno *Maria, Mater Gratia*, y al decir *Mater Misericordiae* rindió el espíritu con estas dulces palabras, en las manos de su Criador, como hijo de tan gran padre y de la Iglesia católica. Ordenó su testamento, dejando el gobierno de los Países-Bajos al arzobispo de Malinas, al marqués de Velada, á D. Francisco de Melo, al conde de Fontana, á D. Andrea Cantelmo; al primero la justicia y á estos las armas, en tanto que S. M. disponia otra cosa: mandó que su cuerpo fuese llevado á la iglesia mayor de Toledo y le sepultasen en la admirable capilla de Nuestra Señora del Sagrario, obra del gran Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, porquo habiendo nacido en las manos de esta esclarecida casa, queria que sus huesos quedasen en ella, si bien despues pareció otra cosa, y llevarle á San Lorenzo el Real; y confesando la fé católica, y que moria debajo del dominio de la Iglesia, rindió su espíritu en las manos de Dios, sábado, nueve de Noviembre, á las once y tres cuartos de mediodía, dejando en gran soledad aquella parte, que se conservaba á la sombra de su valor y de su mano. Llenó de lágrimas á los suyos y hasta los mismos enemigos; á España, las Austrias, la Francia y todo el mundo. La memoria del uno renueva la memoria del otro, y ambas á dos serán de dolor y de quebranto para los que los conocieron: faltaron dos lumbres, y dos estrellas á la Iglesia, y dos firmísimas columnas y fuertes escudos á la fé; dos templos á las armas y dos Capitanes á la milicia, y dos Senadores á la prudencia, que mantuvieron los dos polos de nuestra España sin naufragar en ruina y en escollos, y dos espadas á las dos plazas de armas, á Flandes y á Italia: al uno consagramos el oro que dejamos expreso en nuestros escritos; y de éste queria acortar á decir algo. Nació á diez y siete de Mayo, año de mil seiscientos y nueve en San Lorenzo el Real, y ministróle el Sacramento del Bautismo el Cardenal y Arzobispo de Toledo D. Bernardo de

Rojas y Sandoval, y encargóse su crianza á la condesa de Al-  
tamira, hermana de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque  
de Lerma; fué despues en los años adelante ilustrado en le-  
tras, y de virtudes, en que respaldandoció altamente. Paulo V lo  
dió el capelo, y el rey D. Felipe III, su padre, el Arzobispado  
de Toledo. Perdióle á treinta y uno, y el Rey, digo, de Marzo  
del año seiscientos y veintituno; y el Rey, su hermano, le en-  
caminió al gobierno y á concluir las Cortes del Principado  
de Barcelona: de allí le envió al de Milan, luego al de Flán-  
des, en cuya jornada, que hizo por Trento, venció la memo-  
rable batalla de Nortlinguen, en compañía de D. Fernando,  
rey de Hungria y Bohemia; despues en aquella plaza de armas  
hizo y obró las proezas y hazañas que en otros libros dejamos  
escritas, no con la elegancia ni diligencia que merecian, y  
obrra más si le dieran mano para hacerlo, y no le limitaran  
las acciones. Puso en esta era siendo Principe las desconfan-  
zas, que si fuera vasallo sintiendo la falta de socorros que se  
hacia al País-Bajo, y las pocas asistencias, quizás por poner  
su corazon en mayor cruz, sintiendo que se encargasen las  
cosas legítimas de gobierno, no sólo á hombres y capitanes  
beneméritos, sino á sujetos muy inferiores. Era de sumo valor  
y diligente en prevenir y marchar, y en los trances más ár-  
duos se dejaba ver de los enemigos, y se ponía á las balas y  
á los otros riesgos á la frente de los escuadrones, animándolos  
y poniéndolos espuelas, y diciéndoles al acometer, este día  
será vuestro y os le premiará el Rey mi hermano. En este  
estado lo alcanzó la muerte en la manera que lo habemos di-  
cho. Dejó por testamentarios al marqués de Volada, al mar-  
qués de Este, Caballerizo mayor, al arzobispo de Malinas, al  
Presidente del Consejo privado, al canceller de Bravante, al  
conde de Noyeles, primer Ministro, digo, Mayordomo de Su  
Alteza, á José de Finanzas y al P. Fr. Juan de la Madre de  
Dios, su confesor. Hicieronle las exequias del entierro con toda  
la nobleza, y pusieron el cuerpo en la capilla Real, al lado de  
la Infanta Doña Isabel, su tía, hasta el año de cuarenta y tres,  
por el mes de Junio que lo trajeron por la Francia hasta Búrgos,

y desde allí, el Arzobispo á San Lorenzo el Real del Escorial.  
Ventilábase mucho á quién se daría el gobierno y manejo  
de las armas del País-Bajo entre nuestros Ministros, y ningún  
hombre se reconocia por capaz, no sólo en España, pero tam-  
bien en las provincias forasteras, por no haber Principe en  
quien concuriesen las calidades necesarias que se requerian  
de fidelidad y de soldado. Pusieron los ojos en el archiduque  
Leopoldo, hermano del Emperador Ferdinando, en quien se  
veían las militares y de sangre; propusiéronselo, y cuando  
leyó los preceptos que le ponían, las limitaciones y poca mano  
en todo reparó, ó hizo discurso en los muchos discursos, tra-  
bajos y afanes en que so lo habia puesto al infante D. Fer-  
nando, y que él no queria vivir ni morir de semejantes ago-  
nias y trabajos; y respondió á nuestros Ministros, que caso que  
admitiese el Gobierno militar y político, que habia de ser con  
plena potestad á su juicio y arbitrio. Pareció esto duro á  
quien semejante libertad sólo la queria para sí, sin concederla  
á otro hombre mortal, ni hasta á su mismo señor. Hubo muchas  
demandas y respuestas sobre el caso, y gastáronse muchas  
Juntas y respuestas sobre materia tan importante; hiciéronse  
muchas réplicas, porque, verdaderamente, si hemos de estar  
y correr por el consejo de nuestros mayores, era la persona  
que más convenia, por ser de la misma casa, á semejanza del  
archiduque Alberto; si bien aquí se rezelaba la dificultad en  
que entónces se reparó, que no se enajenaban los Estados; sin  
embargo, aquel Principe resistió á no quererlos aceptar de  
otra manera. Parece que se lo aconsejaron los mejores alema-  
nes; y viendo esta resolucion, no se pasó más adelante en  
ello; quedó el Gobierno á los señalados, que era la órden se-  
creta que el Rey Católico tenia en Flándes en semeiante ac-  
cidente, y el gobierno de las armas al Melo, por valido del  
poderoso; que estos solos tenían experiencia, eran soldados  
suficientes y beneméritos, y todos los demas no pareco que  
nacieron para hombres; Rindióse Eric á las armas católicas á  
principios de Diciembre de este año, dejando los franceses en  
ella mucha y muy gruesa artillería, no habiendo podido salir

con la empresa. Jueves, doce del mismo mes, celebró el Rey las honras del Infante, en la Capilla Real: el marqués de Grana, embajador del Emperador, vino á España; y díjose que todos los Príncipes y Electores del Imperio se querían (los que no eran tan afectos y andaban desunidos), componer con el César. Y pousese debajo de su obediencia, y ligarse con él contra Francia, é ir sobre ella con ejército el año siguiente.

Corrían las cosas con grande desigualdad en unas partes y en otras, y nuestro partido, no solo no crecía, pero no arribaba. Las ganancias eran ningunas, la conservación muy prolija, los Príncipes, los que más parecían que eran nuestros afectos y que nos llevaban el dinero, variaban; y en nada había consistencia, por el modo inmovedor perpétuo de la Francia, que todo lo torcía, teniendo en todas partes perpétuas inteligencias.

Por estos dias se vió en la córte de Castilla una novedad gravísima, y tan de repente, que causó admiración: la princesa de Carriano, mujer del príncipe Tomás, se salió de Palacío y de la córte con sus hijos y criados buyendo, para irse con su marido al Piamonte ó Francia, que era su último fin. Y así, haciendo la fuga por Barcelona, al abrigo de Mos de la Mota, porque la fidelidad de Tomás debía de andar tulluada, y de querer volver la casaca á Francia, porque estos eran enemigos de cualquiera que tuviese las plazas del Piamonte y de la Saboya; así lo fué con madama la Duquesa, su cuñada, y no lo disimuló al Duque su hermano cuando se salió del Estado y le dejó, y se entró al abrigo del Rey Católico; cuya sentencia de ingratitud y desagradeamiento, y poca fé daremos en su lugar; y ahora lo quería ser del Rey Católico, porque se las tenía y las había recuperado del yugo francés, y para ejecutar las alteraciones de un espíritu iniquito aconsejaba la fuga á su mujer, que corriendo desde Milán, Cataluña, Aragon y Castilla, para hacer tránsito por la Coruña á Flándes: entónces no quiso ir con su marido como ahora decía que lo quería hacer, paliando su quimera debajo de la capa de celos; resistió entónces á las dificultades de pasar adelante y quiso meterse en Palacío como lo ejecutó, á

gozar de las grandezas y honores, y á las que discurrió de la bondad de nuestros Príncipes, que habían de hacer hospitalándola magníficamente, ilustrando las paredes de su cuarto las mejores tapicerías reales, camas y otras alhajas, yendo el Rey á ver en persona la disposición y el aseo, haciéndola grandísimas mercedes, hospedándola á sus expensas abundantemente, y después con cuatro mil escudos cada mes para su plato, y otros tantos á su marido en Flándes, con casi todo el manejo de las armas, preeminencia de todas maneras relevante y confianza sin exajeracion. Sabida la fuga, envió el Rey á toda diligencia que la detuviesen; alcanzáronla á cinco ó á seis leguas de Madrid, en el lugar de Arganda, y por hacer más feo el negocio (condicion francesa), y deteniéndola y queriéndola hospedar en la mejor casa de aquel pueblo, que las hay muy buenas, resistió con la protervia de mujer, y no quiso sino entrarse en un meson; y sabiendo el Rey su detenimiento, envió luego con fray Antonio de Sotomayor, su confesor, y otros ministros de Estado, á que supiesen la causa de novedad tan grande, á que la redujesen y volviesen á Palacío. Fueron muchos correos, yentes y vinientes, y ella no decía más por entónces, de que quería ir con su marido; procurándola persuadir á que volviese, y que la enviarían á Italia cuando hubiese embarcacion con más decencia y autoridad, y la que se debía á su persona y á la de sus hijos; sin embargo, persistió en no salir de allí. Escribióse al príncipe Tomás sobre lo sucedido, y como no se le habia dado ocasion para semejante desabrimiento; y él escribió paliando su materia y designios, que volviese, recelándose de que no fuese descubierta la intencion de volverse á la parcialidad de Francia, por asegurar los reccelos que ya acá se podían tener, de como á la verdad se tuvieron. La escribió de secreto que volviese, para dar otra traza á su salida, y apretar por ella, y que fuese con beneplácito del Rey; al fin volvió, durando tan poco en la consistencia, como pendía de traicion, que luego la quiso tentar; y el Tomás, no pudiendo sufrir la mudable naturaleza de su condicion y la tardanza, la obligó á que la procurase Portugal, como diremos á su tiempo.



La guerra de Cataluña, tenía de ambas partes, así entre franceses como españoles, enflaquecida la de Italia, si bien no faltaban humores entre sus Príncipes, que anunciaban nuevas guerras y disensiones; y demás de la nuestra en las tierras de la Iglesia contra el Papa, por interés que cada uno decía ser necesario entrar en algun ajustamiento, como nos dirá el año que se sigue, y el principal en estos casos el duque de Parma, sobre quererle oscurecer ó quitar el Condado de Castro; pero ahora, atizados y nuevamente encendidos en diferentes inteligencias y mudanzas, que si bien secretas en lo público, en el corazón, se ejercitaban, pensose hacer una guerra defensiva; y este año siguió este norte, porque D. Diego Mejía, marqués de Leganés, habia podido alcanzar licencia para venirse á España, y habia ya desembarcado en Dénia con cuatro galeras, si bien no le acababan de resolver el gran desco que tenia de ir á su casa y á la gloria de Palacio, por dar hombre á la guerra de Cataluña: porque, como hemos dicho, el príncipe de Botera y gran condestable de Nápoles era muerto; Torrecusa estaba socorriendo y amunicionando á Perpiñan y á Leocata; el duque de Maqueda era llamado á la corte, como ya dejamos referido y expresado, lo que ha tocado á este libro; y el marqués de la Minjosa, si bien se le habia encargado la tierra, la gente y los alojamientos del invierno, en que sucedieron algunos trances entre ellos y los enemigos, que por ser de poca ó ninguna consideracion no los refiero, pareció poco soldado para guerra que ya se dejaba sentir más de lo que era menester y convenia á la tranquilidad de España, y áun á la de los otros Reinos, y donde se metian de la otra parte Capitanes franceses de mucha consideracion y otros, como Mos de la Mota, que avivaban la guerra y la rebelion, y la pretendian hacer perdurable. Habia se encargado la del Milanés al príncipe Tomás, si bien despues al cardenal Tiburcio; y el gobierno del Estado al conde de Siruela, ó á ambos: finalmente, los franceses con su continua inquietud ó con nuevo estímulo, tentaron por interpresa y quisieron llevarse la ciudad de Aste: llegaron al foso y fueron rechazados

de la guarnición española. Salió en campaña el príncipe Tomás, con algunas reliquias del ejército, que habia muy pocas y muy poco dinero, con que los franceses se retiraron á las guarniciones, porque Cataluña habia arrastrado este año del reino de Nápoles, que es el campión de Milán, veinte galeras con las de Sicilia, diez y siete navíos gruesos, tres tartanas, tres mil y quinientos napolitanos, quinientos caballos escogidos, con bastimentos para ocho meses, y todo lo consumió un sitio á lo largo sobre Tarragona, donde dicen que se incluian cerca de diez y siete mil hombres, sin salir ni atreverse á hacer faccion ninguna, heridos más de la hambre que no de los enemigos que los sitiaban; temiéndose ántes de los vecinos de la ciudad, que si los veian salir, no los dejasen fuera, los cerrasen las puertas y los pusiesen al cuchillo, y matasen los que dejasen dentro, como ya lo quisieron hacer al principio de la guerra. No seogaban los franceses, tanto, que no salieron en Milán á otra cosa más que á dar vista á Valencia del Póo y á Alejandria de la Palla; esto ya parece que no era en el Piamonte, ni sobre Aste, sino que era salir fuera á no desazonar sus Príncipes, y tomar prendas en otro país: sin embargo, retrocedieron al Piamonte, tomaron á Ceba y cargaron á Cunia, en que parece que ya era recobrarlos los puestos: no podian creer que el Papa armase contra el duque de Parma, ni el de Parma contra el Papa, ántes decian que era arte de política para ir sobre el reino de Nápoles; con que el Virey príncipe de Astillano, hizo poner gente en el confin de Gaeta y en otras ciudades del Reino, y preguntar la causa de aquella novedad; y para todo se le mostró ambiguo y de diferentes colores, sin declararle ninguno; pero aseguróle que las llaves de San Pedro estaban seguras; que, en mi sentir, son el reino de Nápoles y de Sicilia, que apoyan formidablemente el Estado de la Iglesia debajo de la espada y escudo del Rey Católico, D. Felipe IV. Sin embargo, dijo el Rey, que para cualquier caso ó trance de fortuna, dejaba allí aquella gente, que no podia parecer mal á la prudencia; pero de paso, por no perdonar nada al rigor de

aquel lugar, y de la dignidad del Apostolado, como Principe y causa suya, hizo saber, amenazando de los tributos al Rey: por su Nuncio en la corte de España, que el reino de Nápoles es de la Iglesia y para su defensa, y que ántes se habia de conservar que destruir con las gabelas, impuestos y pedidos. Expidió dos Bulas y monitorios: la una, contra los eclesiásticos por lo que habian pagado y pagaban del subsidio y excusado, sin orden suya, y contra los inventores y fabricantes de pechos y tributos, y los que los imponen, así en los reinos de España como en los demás adonde alcanza el dominio de la Iglesia; reservó para sí la decision de los pleitos matrimoniales, adjudicándolos á la Rota, por cierto matrimonio que se deshizo en la corte de Madrid, con grandisima novedad y brevedad; si bien dicen hombres de letras que se pudo des-hacer, por la poca verdad que propusieron los contrayentes al Párroco: cuyo suceso, quizá nos dará lugar de hacer algun rasguño en el libro que se sigue, por la notable exaltacion del uno, de no poca maravilla y admiracion al mundo. Dejó en pié los divorcios, y que dado que se den por nulos los matrimonios, que no se puedan volver á casar: admite al embajador de Portugal para la provision de los Obispos de aquel Reino, porque no le faltase legítimamente la administracion de los Santos Sacramentos; no quovia dar el arzobispado de Toledo al cardenal Borja, por no querer asistir en el de Sevilla, donde decia, que dejando la corte, yendo allá, se le iniciaria: sospechas que daban á entender de aquí, que todavía se guardaban en su corazon las pasiones pasadas; mas entro tanto, llevaba para sí los trescientos mil ducados de aquella Iglesia: crió doce Cardenales, todos á su modo, y de su faccion, italianos, y algunos del reino de Nápoles, negándose á las intercesiones de los Príncipes de la Europa, y dejándolos á todos iguales; pareciéndole que tenian los que bastaban, y que en España habia tres cuyos nombres no he querido excusar; y en primer lugar, á Francisco María Machuvelli, Florentin, patriarca de Constantinopla, obispo de Ferrara; Ascanio Flondrino, napolitano, arzobispo de Nápoles; Marco Antonio Bra-

gadino, veneciano; Octaviano Ragi, genovés, Auditor general de la Cámara apostólica; Pedro Donato Cesia, romano, Auditor de Rota; fray Viceucio Maaylano, del órden de predicadores de Florencia, de la diócesis de Plasencia, ministro del Sacro Palacio; D. Francisco Pereti, romano, Abad y Príncipe esclavizado. Diáconos: Julio Gavisete, romano, decano de la Cámara Apostólica; Julio Mazarini, romano, referendario de ambas signaturas; Virginio Ursino, Abad, romano; D. Reynaldo de Este, hermano de Francisco, duque de Módena y Rezo.

A diez y siete de Abril, el conde de Arcourt, General del ejército francés, movió con él y pasó á sitiar á Imbrea, lugar en el Val de Osta, á seis leguas de Chibaso, puesto de más conveniencias que fortificaciones; con que el príncipe Tomás salió á socorrerle y á quitarle el asedio, siguiéndole el conde de Siruela, gobernador del estado de Milán; el cardenal Tibureio, gobernador de las armas, con que quedará más clara la duda de arriba sobre las cabezas que tenían este manejo, y en prosecucion de ellas, D. Julio Vazquez Coronado, Maese de campo general; el marqués de Caracena, Capitan general de la caballería de aquel Estado; D. Vicente Gonzaga, de la de Nápoles; y hicieron alto en Santian, con la infantería y caballos que entónces habia, y desde Cavalla se les pasó á juntar el príncipe Tomás con su gente, desde donde parieron á socorrer la plaza, que ya tenia sobre sí tres asaltos; de que los franceses habian sido rechazados con pérdida de más de mil hombres, y no los peores de sus tropas. Llegaron los nuestros á un casar, que está á dos leguas de Imbrea, y desde allí se encaminaron á resarcir á los franceses, que á su vista, y por llevársela, le dieron otro asalto, atacandola á viva fuerza por todas partes; para cuyo intento desmontó su caballería: sin embargo, fueron impelidos y arrojados, con pérdida de otros mil hombres; pero cuando vieron que las armas católicas se les acercaron, guiadas de tan grandes caudillos y Capitanes, cedieron de apretar la plaza, y se les presentaron en escuadrones con su caballería de frente, que acometió á la del marqués de Caracena, con tanto valor, que despues de

los golpes de carabinas y pistolas, pelcaron con gran desparpajo con las espadas, hasta que más resfriado el enemigo, se retiró, no sin alguna confusión, habiendo obrado el Marqués aquel día como buen caballero. Sin embargo, la caballería enemiga rehecha y más reforzada, acometió á la de D. Vicente Gonzaga, que ocupaba un costado: recibióla con tanto valor, que desordenadas las tropas, huyeron al abrigo de su infantería, habiendo salido tan mal de este encuentro como del pasado, en que se gustaron cinco horas de combate, y perdieron más de quinientos caballos; y los nuestros no más de ciento, y un Capitán. Mientras esto pasaba, el conde de Arcourt sacó la infantería de sus fortificaciones, y formando dos escuadrones en número de mil y quinientos hombres, los envió á desalojar un tercio de españoles que estaban en guarda del artillería; fueron rechazados, y al mismo tiempo acometieron otros dos escuadrones de igual número de franceses, á D. Mauricio de Saboya, hermano natural del príncipe Tomás, Gobernador de su infantería, que defendía otro puesto de muchas conveniencias, y los rebatió con tanto valor, que aseguró los aciertos del hermano en la confianza que hizo de sus prendas. Tirábase de una parte y otra vivamente, y estaban para cerrar, cuando el francés, con la noticia que tuvo del desbarato de su caballería, mandó tocar á retirar; con que visto la flaqueza de los enemigos, se introdujeron en la plaza quinientos españoles; con que socorrida, y no faltándoles lo necesario de víveres y municiones, se pusieron en la retirada, eligiendo diferente derrota, y marcharon á sitiar á Chibaso. Juzgando ser ésta la mayor diversion, tomaron puestos, y á los siete de Mayo tenían ganadas todas las fortificaciones de afuera, desembocado el foso y para picar la muralla, con que los franceses dejaron á Iubrea y marchó á socorrer á Chibaso; con que socorrida aquella, ambos campos tomaron diferentes derrotas, y el nuestro echando delante la artillería, se fueron á Grecentin, donde quedaron á observar los movimientos del francés, y á solamente conservar el estado y las plazas que teníamos en el Piamonte, procurando no perder-

las; si bien no aplacia esto al Tomás, no más de porque el Rey Católico las tenía, dando de aquí sentimientos para cubrir su pasión, que no se hacia confianza de él en no entregarle el total gobierno de las armas de Milán, prenda muy cara y de reparo á cuanto puede estirar la prudencia; con que el calor de los dos hermanos comenzó á desmayar, y aquella alianza á hacerse sospechosa. El cardenal Mauricio de Saboya, hermano de Tomás, envió á la corte de España al obispo de Niza, á decir al Rey Católico y á su Ministro, por la desconfianza que comenzaba á correr, que pudiese de su mano presidio en Villafranca, que se la habian dejado para su asistencia, si algo se recelaba de su fe, por el ejemplo del príncipe de Mónaco, que se habia vuelto á la parcialidad francesa. Echado el presidio español, y admitido de aquel Reino, no sin recelo del Gobernador, digo Genovesado, y de toda la Liguria, cuñado del cardenal Tiburcio (que en Castilla es lo mismo que hermano, por si se me arguyere en otra parte donde lo he dicho,) á cuyo cargo estaba toda la Lombardia y el Piamonte, y fué llamado por el Rey Católico á Zaragoza el año siguiente, donde asistió á la guerra de Cataluña: dióle el vireinado de la Corona de Aragon; quedó el Estado de Milán á cargo del conde de Siruela, llamando de Flándes al marqués de Velada para que le sucediese como hoy está, y casi para declararse el príncipe Tomás y volverse al natural francés; y el cardenal Mauricio, con toda la seguridad, que proponia para renunciar aquel capelo, y trabar matrimonio con su sobrina, hija de su hermano y de Madama la Duquesa: todo por consejo del Richelieu, por volver allá toda la alianza, como nos lo dirá el año de seiscientos y cuarenta y dos. Porque la princesa de Carignano, si la primera vez hizo punta y tomó la fuga para Levante, ahora volvió el rostro y tomó el aire de Poniente, dejó el Palacio, y se fué á Carabanchel de Abajo, donde se le volvió á detener, y á persuadir mirase con más decencia por la autoridad de su persona: no quiso volver, dando título de prision al hospedaje Real, como si cuando la enviaban á Flándes la hubieran forzado á entrar en la corte,

No había más fe ni más religión en las obligaciones de los Príncipes, á lo que se ha hecho por ellos y por la defensa de sus patrias, tierras y estados, en que dejamos un ejemplo y una idea para lo de adelante, y para recatarse de sus quimeras y artificios; y por su general Francisco Diaz Pimienta, con armada, que para este intento sacó de Cartagena de las Indias, echó á los ingleses de la isla de Santa Catalina, donde por algun tiempo se habian afirmado con fuertes reductos y trincheras, dando acogida á sus vecinos los holandeses, para crecer por el comercio, donde con sus navios llegaban pirateando hasta la misma Cartagena, y volvian corriendo aquellos rumbos hasta la Cuba y la Española; no dejándonos lograr ninguna nao de Honduras, no habiendo mercader ni bajel seguro, que no parase en sus manos: dejó en ella gento y Cabo de consideracion para su resguardo; volvió á Cartagena á aprestar la armada Real de las Indias, para traer la plata del Perú, y al tiempo que llegó á aquella ciudad, halló el aviso de la rebelion de Portugal, de que se comenzó á inquietar; y de aquí á sentir en algunos Capitanes portugueses, que en el viaje querian levantarse con algunos navios de plata de su cargo, y el movedor más principal, el conde de Castimillor, que habia venido allí del Brasil. Quicó la ciudad y redujola á toda tranquilidad, prendió los delincuentes y los Capitanes, y apuró la verdad con los tormentos: aseguró la Armada y el viaje; trajo la plata y los desertores á Castilla, y la inclió por la barra de Cádiz con toda felicidad y admiracion para sombro de los enemigos, y confusion de los infieles y felicidad del Estado, á quien Dios ayudará perpétuamente, cubrirá y hará sombra con su brazo poderoso, y defenderá con su espada. Esto es lo que hemos podido discurrir del año de seiscientos y cuarenta y uno: veamos las novedades que nos prepara el de cuarenta y dos.

FIN DEL TOMO OCHENTA.

## ÍNDICE.

Páginas.

LIBRO SÉPTIMO.—Argumento.—Consultan los Consejos y el Reino nuevas honras y mercedes, sobre las adquiridas, al mayor Ministro: trátanse las materias militares y sus aprestos, y consecutivamente las de Italia. Una armada francesa infesta las costas de España en el mar Oceano. y el ejército sitia á Edin, en Flandes, y carga despues á Trunvilla con otro en los mismos países, y es roto por el conde Piccolomini y quitado el asedio á la plaza: acomete el rey de Francia con otro ejército el Condado de Rosellon, y toma á Salsas. Juntase una armada en la Coruña para llevar los españoles á Flandes y piérdese en Dunas, puerto de Inglaterra. El duque de Borgoña muere en Alemania. La guerra del Piamonte se concluye con una tregua por tiempo limitado entre Francia y España. Prosigue la guerra del Condado de Rosellon y fenécese con otros fragmentos de la de Flandes y de Italia, y hécese memoria de algunas pocas cosas del gobierno: todo esto en el año de mil seiscientos treinta y nueve, reinando en España y en las Indias el Rey católico D. Felipe IV.....	1
LIBRO OCTAVO.—Argumento.—Hácese Grandes algunas cosas nobles del Reino: recupérase á Salsas: publícase la jornada para Cataluña á concluir las Cortes: los catalanes llevan mal los alojamientos del invierno de los soldados forasteros, y quieren tentar contra ellos, expídese un decreto para que los Caballeros de los Ordenes militares se apresten para la guerra: los holandeses tienen pérdidas y malos sucesos en sus empresas; y los franceses se arman para emprender mayores cosas que otros años en Flandes y en Italia: el marqués de Leganés sale con tiempo anti-	

cupado á sitiár el Casal de Monferrato. Hallábase el infante D. Fernando con treinta mil hombres en el País-Bajo, y el rey de Francia con otros tantos: hay algunos razonables suecos en Bohemia: el príncipe Tomás se entra en Turin, córte del Piamonte, para defenderla de franceses, pero no se sabe si es ésta su intención: Ibrase Carlomonte de el ascidio de franceses: el pueblo de Barcelona mata al conde de Santa Coloma, su Virey; y niega la obediencia al Príncipe toda Cataluña: salen de Francia ochenta navios, repartidos en dos escuadras; una para Poniente y otra para Levante: van los franceses sobre Arras, en el País-Bajo: la armada francesa de Poniente pelea á la vista de Cádiz con los galcones de la plata y flota del Perú: fortificanse los de Barcelona, y casi todas las demás ciudades de aquel Principado, con ánimo de defenderse y conservar su libertad; reclaman el auxilio de Francia, y admiten algunas tropas en su favor: la armada de Levante da vista al Reino de Nápoles, esta gente en tierra y es rechazada: entra el ejército del Rey por Cataluña, á cargo del marqués de los Vélez, y al mismo tiempo se rebela Portugal: la nobleza hace Rey á D. Juan, duque de Braganza, y levantan los pendones por él en todo el Reino.....

LIBRO NOVENO.—Arguencito.—El ejército del Rey sale de Tarragona, asuela y desbarata mucha gente catalana y francesa, llega á Barcelona que era su último fin y designio, y no pudiendo obrar como se esperaba, se retira; deja las armas el marqués de los Vélez, y dánselas al príncipe de Bolterra, de nacion napolitano. Dan la obediencia los catalanes al rey de Francia; pidenle nuevas fuerzas y que venga á jurarse á Barcelona. Doblan la moneda de vellon en Cas-tilla, ó la antigua, una parte más que la moderna, para la guerra de Portugal. La de Cataluña se encarga á Mos de la Motta. Pone sitio á lo largo á Tarragona; viene una armada francesa en favor de los catalanes; el marqués de Villafranca socorre dos veces con las galeras y con bastimentos al ejército del Rey: la armada católica hace huir la francesa hasta encerrarla en Marsella; con que Mos de la Motta levanta el sitio de Tarragona y los aprestos que

se encaminaban á Portugal no tienen efecto. El rey de Francia admite á los portugueses y sus embajadores en París; véuse derramamientos de sangre en Lisboa y desafíos públicos en las fronteras. Los príncipes del Imperio se juntan para tratar la paz de la cristianidad: ármanse los enemigos de ella para estorbarla, y son rotos por el archiduque Leopoldo. Los franceses sitian en Flándes á Herc, y la Liga de los Señores de Francia es deshecha con la muerte del conde de Soisons. Piérdese Herc y muere el infante D. Fernando: vuélvose á recobrar, y quedan las armas de Flandes á cargo de D. Francisco de Melo. Describense algunas pocas cosas de Italia, y celan los españoles de la isla de Santa Catalina, en el Imperio occidental, á los ingleses y holandeses que se habian afirmado en ella. Todo esto en el año de mil seiscientos y cuarenta y uno, reinando en España el rey D. Felipe IV.....